



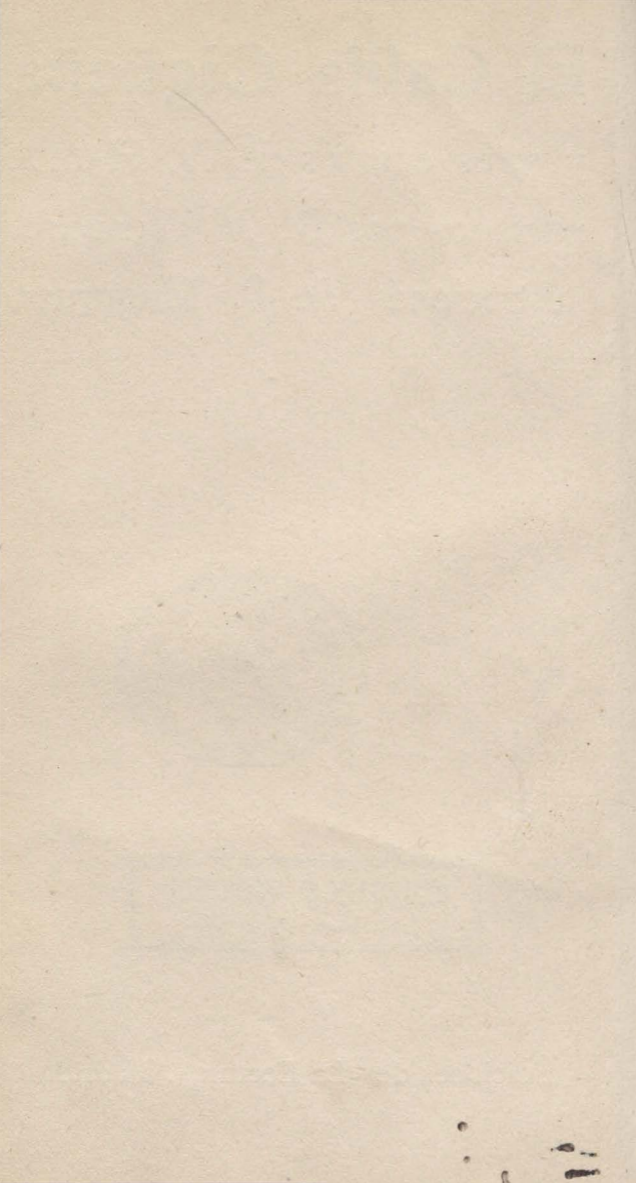


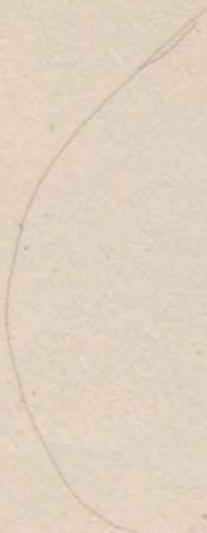
El Califa Cigüeña

y otros cuentos de W. HAUFF,
narrados por R. M. Tenreiro,
ilustraciones de P. Muguruza.

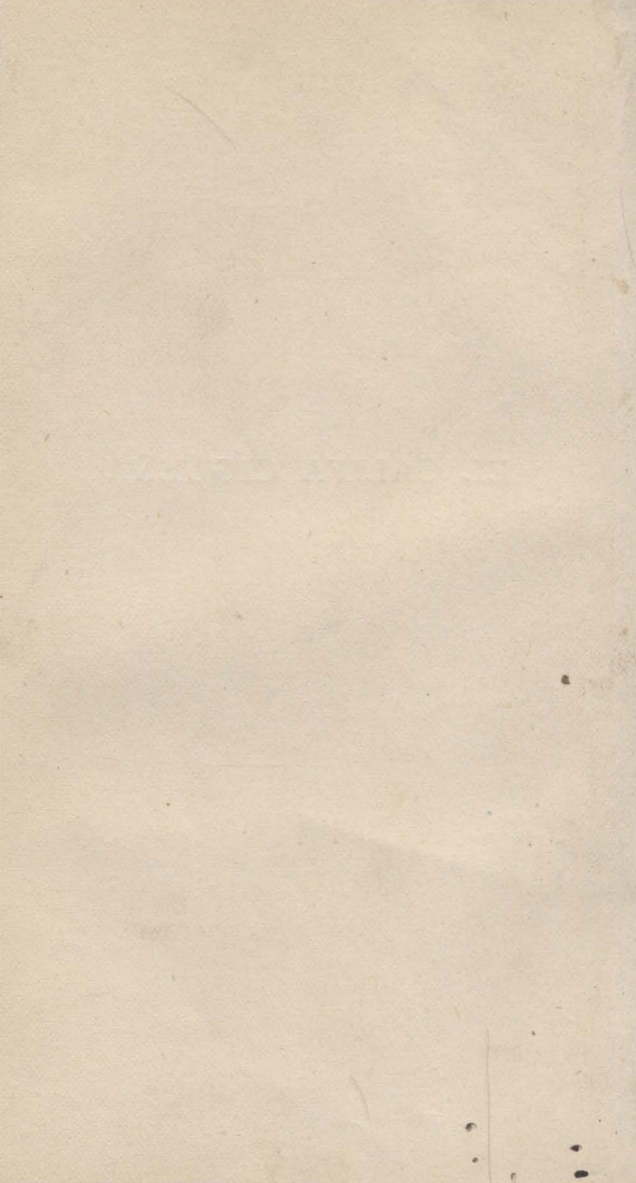


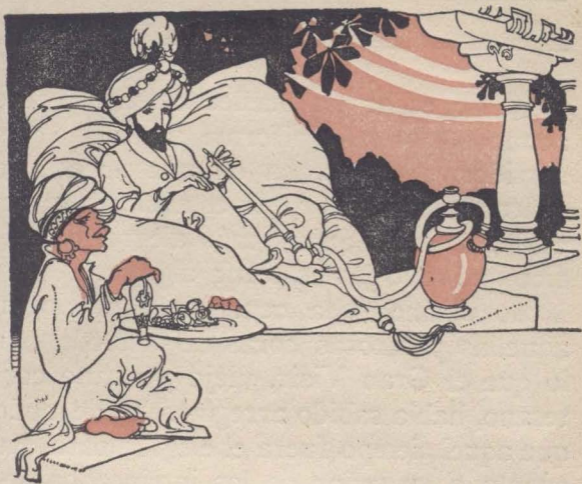
Ediciones de «La Lectura». Madrid.





EL CALIFA CIGÜEÑA





I

EL califa Hasán, de Bagdad, pasaba la calurosa siesta muellemente tendido sobre los bordados cojines de un diván, en la más fresca y regocijada cámara de su alcázar. Fumaba, en su narguile, tabaco y opio, adobados con agua de rosas, y de cuando en cuando tomaba un sorbo de café, que le servía su fiel esclavo flabelífero, el cual no se apartaba jamás de su lado, por tener a su cargo la grave misión de agitar un gran abanico de plumas de avestruz sobre la cabeza de su amo. Aca-

baba de echar un sueñecito, dulcemente acunado por el uniforme murmullo del surtidor, que brotaba de una fuente de mármol en medio de la estancia, y se encontraba en el ánimo más alegre y pacífico que tuvo jamás califa alguno.

Lo mismo solía ocurrirle a diario en aquellas perezosas horas de la tarde, por lo que el Gran Visir, viejo y astuto cortesano, había sabido arreglárselas de modo que aquel tiempo fuera el elegido para dar cuenta a su señor de los intrincados negocios del gobierno, seguro de encontrarlo propicio a cuanto se le ocurriera proponerle.

El Gran Visir se presentó a la hora acostumbrada; pero traía un aire tan pensativo, que el Califa no pudo menos de apartar de sus labios la boquilla de marfil de su pipa turca, y preguntarle:

—¿Qué es eso, Gran Visir? ¿Qué te tiene tan preocupado?

El Gran Visir cruzó los brazos sobre el pecho, abiertas las manos; se inclinó a tierra hasta tocar sus propias babuchas con el turbante, y respondió:

—No es nada, señor... Al subir al al-

cázar he visto en el zoco a un mercader recién llegado vendiendo tan maravillosas cosas, que me apenas no ser lo bastante rico para comprarlas.

El Califa—¿no hemos dicho que se encontraba en el más benévolo estado de ánimo del mundo?—quiso dar una alegría a su Gran Visir y mandó a un esclavo negro que bajara corriendo al zoco en busca del marchante.

Poco después, el vendedor forastero se postraba a las plantas del Califa con toda suerte de zalemas y cortesías. Era un hombrecillo rechoncho y moreno, desarrapado de traje. De una caja, que traía a la espalda sujeta con una bandolera, fué sacando riquísimas mercaderías: collares, ajorcas, arracadas, chales y velos bordados de oro y plata, vasos de metales preciosos cubiertos de pedrería, cofrecillos de marfil y maderas olorosas, ungüentos y perfumes de gran precio, pistolas, dagas...

Ambos señores examinaron, llenos de admiración, tan valiosas preseas y el Califa obsequió a su Gran Visir con un par de magníficas pistolas, amén de algunos chales, afeites y adornos para su mujer.



Recogía ya su mercancía el traficante, cuando el Califa descubrió, medio oculta entre los otros objetos, una cajilla negra

de madera, ornada con muy extrañas inscripciones. Preguntó qué era aquello. El mercader abrió la caja, mostrando dentro de ella unos polvos oscuros y un pergamino, doblado en muchas dobleces, cubierto de tan rara escritura que ni el Califa ni el Visir podían descifrarla.

—Esa cajita — dijo el marchante — se la compré a un peregrino que la había encontrado en la Meca, en una calle. Os la cederé por lo que me costó, ya que no puede servirme para nada.

Al Califa le gustaba coleccionar documentos antiguos en su biblioteca, aun cuando no sabía qué hacer de ellos, pensando que con reunirlos llegaría a adquirir renombre de sabio. Para tener el pergamino compró la cajita casi por nada y despidió al traficante.

Quedóse el Califa dándole vueltas entre las manos al extraño pergamino, sin lograr comprender ni uno solo de sus signos, muerto de curiosidad por saber lo que querrían decir tan nunca vistos garrapatos. Acabó por preguntar al Gran Visir si conocía a alguien que pudiera declararárselos.

—Alto y poderoso señor—respondió el Visir con una profunda reverencia—, en la torre de la gran mezquita vive un venerable anciano a quien llaman Selim el Sabio. Es fama que comprende todas las lenguas de los hombres. Mándalo a llamar y quizás él nos traduzca estos caracteres maravillosos.

Salieron corriendo hacia la mezquita media docena de esclavos, provistos de un palanquín en que transportar al sabio, y a los pocos momentos las barbas del venerable Selim barrián los tapices del suelo en honor al monarca.

—Selim—dijo el Califa—, tan grande es la celebridad de tu sabiduría, que se cuenta que entiendes todos los idiomas. Toma este pergamino y ve si puedes declararme lo que está escrito en él. Si lo consigues, mandaré que te den un traje nuevo, de lo que no dejas de estar bien necesitado. Si no lo logras, recibirás veinticinco azotes en las plantas de los pies, por haberte dejado llamar, sin merecerlo, Selim el Sabio.

—Hágase tu voluntad, señor—respondió el anciano. Y calándose las gafas, con-



P
1915

templó largo rato el escrito con sus diminutos ojillos cansados.

—Estas letras, señor—comenzó a decir el sabio, sin alzar la vista del pergamino—, son de una extraña lengua que usan los infieles del Occidente. Que me aspen si me engaño.

—¿Y cómo se llama esa lengua?—preguntó el Califa.

—Señor..., el latín.

—¿El latín? Nunca oí hablar de tal idioma... Pero tradúceme lo que pone el escrito, si es que puedes leerlo.

—Lo intentaré, señor.

Luego de haber estado deletreando un buen espacio, Selim comenzó a decir lentamente:

—“¡Oh, tú, criatura humana, a cuyas manos vaya a parar este sin par tesoro, alaba la bondad del Señor, que reservó para ti merced tan grande! ¡Quien aspire una pulgarada de estos polvos y al tomarla diga: “Mutabor”, se convertirá en el animal que desee y comprenderá el lenguaje de los animales. Cuando quiera volver a recobrar su aspecto humano, no tiene más que hacer tres reverencias hacia Oriente, pronunciando cada vez la dicha palabra. Pero guárdese mucho de la risa

mientras esté trasmudado, porque si se ríe se borrará instantáneamente de su memoria la palabra mágica y para siempre quedará convertido en animal.”

El Califa se alegraba en extremo de oír lo que iba leyendo Selim. Hízole jurar que por nada del mundo revelaría a nadie aquel secreto, y, después de haberle regalado muy ricas vestiduras, mandó que lo volvieran a llevar en palanquín a su morada.

—A esto le llamo yo una buena compra —dijo el Califa al Visir así que estuvieron solos—. Nada deseaba tanto como poder convertirme en animal. Mañana por la mañana saldremos juntos al campo, tomaremos un polvo de mi caja y sabremos lo que dicen los libres habitantes de montes y prados.

II

A la otra mañana, apenas había salido el sol cuando el califa Hasán y su Gran Visir, dando esquinazo a los dignatarios de la corte y a los genízaros de la guardia, que, según prescripción de la etiqueta,

hubieran debido acompañarles, salieron secretamente del alcázar por una puerta excusada, provistos de la caja de los maravillosos polvos. Atravesaron los grandes jardines del palacio sin encontrar animal alguno que les hiciera sentir deseos de comunicar con él, ensayando la virtud de los polvos mágicos; todos eran alocados pajarillos, que revoloteaban de rama en rama, chachareando aturdidamente y sin trazas de decir, en sus voces, nada de substancia. Ya lo decía el Visir:

—¡Si parecen hombres!

Pero después recordaron que al otro lado de los muros del jardín había una laguna que solía ser visitada por cigüeñas. La enjuta y meditabunda figura de aquellas aves y su andar circunspecto dábanles apariencias de sabiduría.

—Son doctores sólo con plantarles el birrete—decía el Califa.

Además, hablaban unas con otras castañeteando los picos, sin perder jamás la enigmática seriedad de su aspecto, lo que hacía pensar que sólo por muy graves asuntos quebrantaban su silencio.

—Hablan como catedráticos cuando ex-

plican la lección—decía el Gran Visir, que había sido estudiante en sus años mozos.

Fueron hacia la laguna y vieron una cigüeña que se paseaba sesudamente a orillas del agua, crotorando con tanta dignidad como si recitara una epopeya. Alguna vez, interrumpiendo su peroración, hundía en el cieno su afilado pico y lo alzaba un momento después con una vil ranilla apriisionada, la cual agitaba desesperadamente sus patitas y revolvía a todos lados sus saltones ojillos, al ser engullida por el ave. Pero ésta, luego de desembarazado el gazzate, reanudaba gravemente su doctoral soliloquio en el punto mismo en que lo había dejado.

Otra cigüeña se acercaba volando.

—Apuesto mi cabeza, alto y noble señor—dijo el Gran Visir—, a que esas dos zancudas van a sostener una plática muy provechosa e instructiva. ¿Qué diríais si os propusiera que, para oírla, nos transformáramos en cigüeñas?

—Excelente idea—respondió el Califa—. Pero antes es necesario ver si nos acordamos de lo que hay que hacer para volver a ser hombres.

—Tres reverencias al Oriente diciendo *mutabor*—interrumpió el Gran Visir, que estaba deseoso de oír las sabias palabras de las cigüeñas.

—¡Justo! Tres reverencias al Oriente diciendo *mutabor*. ¡Que no se nos olvide la palabra!—dijo el Califa.

—*Mutabor*.

—*Mutabor*... Y yo volveré á ser Califa.

—Y yo Gran Visir.

—Pero ¡por el cielo!, no nos riamos mientras estemos transformados...

—Porque se nos escaparía la palabra mágica...

—Y nunca más recobraríamos nuestra figura humana...

—*Mutabor*, Califa.

—Gran Visir, *mutabor*.

Entre tanto, la cigüeña voladora se había posado en la pradera cercana a la laguna, plegando sus negras alas.

El Califa sacó rápidamente la caja de los polvos, cogió buena porción de ellos entre el pulgar y el índice, ofrecióle al Gran Visir otra toma y los dos se llevaron las manos a las narices, aspirando fuertemente, al tiempo que decían:

—*Mutabor.*

En el mismo instante desapareció la carne de sus piernas, que quedaron convertidas en secas y rojas patas de cigüeña; los brazos se les convirtieron en alas; el cuerpo apareció cubierto de plumas blancas en vez de los suntuosos trajes; crecióles una vara el pescuezo, y en su extremidad se pavoneó una diminuta cabeza con plumas en lugar de barbas, dos minúsculos ojillos redondos y un pico fiero, rojo y alargado.

—¡Válgame el Profeta — exclamó el Califa lleno de asombro—. Nunca había soñado cosa semejante... ¡Vaya un pico que has echado, Gran Visir! ¡Si tu mujer pudiera admirarte!... Y el caso es que tu figura cigüeñil recuerda tu aspecto de antes. Entre dos mil cigüeñas sabría encontrar a mi Gran Visir.

—Mucho me emociona que me conozcáis tan bien, poderoso señor—dijo el Visir con solemne zalema—. Si me fuera lícito expresarme así, diría que la majestad del Califa resplandece igualmente bajo este disfraz humilde que cuando está sentado en su trono... Pero venid, señor, si



os place;
acerquémo-
nos a nues-
tras coma-
dres y oiga-
mos sus sa-
bios con-
ceptos.

La cigüe-
ña viajera,
luego de ha-
berse alisa-

do con el pico el plumaje, saludaba a la
de la charca. Llegados cerca de ellas, el
Califa y su Visir oyeron que cambiaban
entre sí las siguientes palabras:

—Buenos días, dama Zanquilarga—de-
cía la recién llegada—. ¿Cómo tan tem-
prano en la laguna?

—He venido en busca de mi frugal
desayuno, joven Picoagudo—respondió
la otra. Y añadió amable—: ¿Te apetece-
ría una pechuga de lagarto o unas anqui-
tas de rana?

—Gracias muy rendidas, dama Zan-
quilarga, pero no tengo apetito. He veni-
do a estos prados con muy distinto ob-

jeto. Esta noche hay convidados en casa de mi padre y tengo que bailar la danza de moda delante de ellos. He venido a ensayarme sin que lo sepa nadie.

Hizo una rápida pirueta, luego de haber saludado cortésmente, y se alejó a saltitos abriendo a compás el pico y desplegando las alas. Llegado al fin de la pradera, se paró de repente, con el cuello estirado, columpiándose sobre sus largas patas. Era el baile más grotesco que el Califa y su Visir habían visto en su vida; por lo cual, no bien estuvo quieta el ave, la risa que les estaba cosquilleando la garganta desde que la danza había comenzado, brotó en irreprimibles carcajadas, tan estrepitosas, que las cigüeñas levantaron el vuelo espantadas. Tres veces lograron serenarse y otras tres, volvieron a ser zamarreados por aquella risa, loca y cruel, que los aturdí y asfixiaba.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...—decía, medio ahogado, el Califa, apretándose el flaco vientre con las alas—. ¡No hay dinero con que pagar una cosa como ésta! ¡Ay!... ¡Ay!...

Pero de pronto el Gran Visir cesó en

sus convulsivas risas, con el plumaje erizado de espanto. Acababa de recordar que les estaba prohibido reírse mientras estuvieran transformados.

—¡Por el zancarrón de Mahoma!—exclamó, trémulo de angustia—. Tendría que ver que para siempre nos quedáramos convertidos en estos estúpidos pajarracos. Señor..., señor... ¿Cómo es esa maldita palabra, que yo no doy con ella?

El Califa, a su vez, cortó por mitad una carcajada, todo azorado:

—Tenemos que saludar tres veces al Oriente y decir... y decir... Mu... mu...

Volviéronse hacia Naciente, inclináronse con tanta reverencia que sus picos se hundían en el fango; pero ¡oh dolor! la fórmula mágica no volvía a su memoria.

—¿Cómo es?... ¿Cómo es, Gran Visir?... Mu... mu...

El Califa y su Ministro, sudando de angustia, reiteraban sus cortesías hasta que llegó a dolerles el espinazo; escarabajaban, enloquecidos, en su cabeza, en busca de la perdida palabra.

—Mu... mu... mu...

Inútil esfuerzo. Seguían siendo cigüe-

ñas... Para siempre cigüeñas, con sus largas zancas y su rojo pico afilado.

III

El Califa Cigüeña y su servidor vagaban, llenos de tristeza, por los campos vecinos a Bagdad, sin saber cómo librarse de su espantosa desgracia. No encontraban manera de salir de su odiado plumaje de ave, y con aquella figura no había que pensar en volver como Califa al alcázar. ¿Dónde y cuándo se vió a una cigüeña en un trono al frente de unos Estados? ¿Qué pueblo querría tolerarlo?

Pasaron así varios días. Los dos hechizados se alimentaban lo menos mal que podían con frutas del campo; pero sólo con gran trabajo conseguían comerlas, por el estorbo de sus picos descomunales. Ranas y lagartos no les apetecían: temían estropearse el estómago con tan finos manjares.

El volar era la única alegría de su do-

lorosa situación. Volaban a diario sobre la ciudad e iban a posarse en los terrados del alcázar para ver lo que ocurría faltando ellos.

Los primeros días notábase en todas partes gran agitación y tristeza. Pero una semana después, posados en la torre de la mezquita, vieron por las calles un gran cortejo que se dirigía al templo. Resonaban pífanos y atabales, salvas de artillería, clamores de regocijo: en medio de la magnífica procesión, cabalgando en un soberbio caballo blanco con lujosos jaeces, iba un mancebo cubierto con rico manto de grana, bordado de oro. La muchedumbre gritaba, aclamándolo:

—¡Viva Misrah! ¡Viva el Califa de Bagdad!

Al Califa le parecía estar soñando: lo mismo había sido cuando a él lo habían coronado. Miró tristemente a su compañero de infortunio.

—Gran Visir—le dijo—, ¿comprendes ahora por qué estamos hechizados? Ese Misrah es el hijo del sabio encantador Saumur, mi enemigo mortal, que tenía dicho que me había de privar del trono.

—¿Y qué hacer? ¿Qué hacer, señor?
—preguntaba el Visir, lleno de espanto.

—No sé, no sé... Por de pronto, marchémonos de aquí, que me hace daño este espectáculo.

Se elevaron sobre la torre de la mezquita y dirigieron su vuelo hacia lo más desierto del campo.

A la otra mañana díjole al Gran Visir el Califa:

—¿Sabes lo que he soñado? Que yendo a visitar la santísima tumba del Profeta quedábamos desencantados... No abandonemos la esperanza, fiel compañero de miserias. Ven conmigo..., volemós hacia Medina... Acaso mi sueño sea un aviso del cielo y se deshará allí nuestro encanto.

Volaron, volaron... desde antes de salir el sol hasta que ya se estaba perdiendo al otro extremo del horizonte. Pero aún eran novatos en el oficio y no sabían gobernarse bien en los aires. El Califa volaba delante, luchando bravamente con el viento, aunque iba sintiéndose muy fatigado; pero al Gran Visir, que le seguía respirando anhelosamente, apenas lo sostenían ya las alas.

—¡Oh, señor!—acabó por gemir el infeliz—, si me lo permitís, os diré que ya no me es posible seguiros. ¡Voláis tan de prisa!... Además, se está poniendo el sol y va a ser necesario que busquemos un asilo para la noche.

Tendieron la vista por la dilatada llanura, abierta a sus pies, y descubrieron unas ruinas, que les pareció ofrecerían albergue seguro. Hacia ellas dirigieron su vuelo.

Al posarse en tierra, se encontraron en medio de los restos de un castillo, cuya antigua magnificencia era aún manifiesta en los trozos de fustes, capiteles y dovelas, regiamente labrados, que asomaban, entre hierbajos, en medio de los informes montones de cascote. En los lienzos de muro que se mantenían en pie, abríanse preciosas arquerías. Todo un cuerpo de edificio, medio sepultado entre escombros y malezas, conservaba intactas sus bóvedas. Las cigüeñas, en busca de refugio donde descansar, entraron en él por una ventana. Medio en tinieblas, fueron atravesando corredores, escaleras, galerías, grandes salones abandonados, en cuyos

elevados techos brillaba apagadamente el oro de viejos artesonados.

Refugiáronse en el más secreto rincón de las ruinas y ya habían escondido el cuello entre las alas, en espera del sueño, cuando les llenó de espanto un gemido largo y temeroso, que resonó bajo las bóvedas solitarias.

—¿Qué es eso? —preguntó el Califa Cigüeña todo alarmado.

—Señor y protector—respondió trémulo el otro—, bien sé lo que os respondería si no fuera impropio de un Visir, y mucho más aún de una cigüeña, el creer en fantasmas.

Tendieron el cuello, escuchando ansiosamente, y a su oído llegó un leve rumor de gemidos y llanto.

—¿Quién se queja entre estas ruinas? —preguntó el Califa, dispuesto a salir de su escondrijo en socorro del que se lamentaba con tanto desconsuelo.

Mas el Visir, cogiéndole irrespetuosamente un ala con el pico, le suplicó:

—No salgáis, no salgáis, señor... Sabe Dios a qué nuevos y desconocidos peligros vais a exponeros si abandonáis este refugio.

En el pecho de cigüeña del Califa latía su antiguo corazón generoso, y diciendo: —No quiero la vergüenza de que haya habido un desgraciado cerca de mí sin que yo haya acudido a remediarlo—, apartóse violentamente del Visir, dejándole en el pico algunas de las plumas de su ala, y salió en busca de la causa de tan lastimeros sonos. Recorrió una oscura galería, y, al extremo de ella, dió en una puerta entornada, tras la cual parecían brotar los dolientes suspiros.

Empujóla con su pico el Califa Cigüeña y se quedó yerto de asombro al descubrir lo que la puerta ocultaba: era un estrecho camaranchón, débilmente alumbrado por un rayo de luna que se filtraba por una aspillería del muro. En medio de la estancia, sobre una piedra, había una lechuza que derramaba grandes lagrimones de sus amarillos ojos, al tiempo de quejarse. Pero cuando vió en el hueco de la puerta al Califa y su Visir —que temblando de espanto se había arrastrado detrás de su amo—, la lechuza suspendió de repente sus lamentos y lanzó un gran clamor de alegría. Se limpió los lacrimosos ojos con

el borde de sus polvorientas alas, y, con gran pasmo de las cigüeñas, dijo así, en muy pura lengua arábiga:

—Bien venidas, bien venidas seáis, cigüeñas mías. Vuestra presencia infunde esperanza en mi corazón. Fuéme profetizado, en más felices tiempos, que mi dicha vendría de vuestras semejantes.

Así que el Califa se hubo repuesto algún tanto del asombro de topar con lechuza tan bien hablada, colocóse lo más gentilmente que supo delante del pajarra-co, hízole una cortés reverencia con su largo cuello, y le dijo:

—Señora lechuza, oídas tus palabras no podemos menos de considerarte como compañera de infortunio. Pero ¡ay!, ninguna buena andanza esperes de nosotros. Tú misma te asombrarías de la desgracia que nos abrumba si te refiriéramos nuestra dolorosa historia.

Pidióle la lechuza, con muy graciosas razones, que se la contara, y el Califa, lindamente apoyado en una sola pata, le narró lo que ya es sabido de nosotros.

IV

—Mucho me maravillaría lo que con tanta bondad me has referido —dijo la lechuza, cuando el Califa hubo cerrado el pico al término de su relato—, si las increíbles desventuras de mi propia existencia no hubieran agotado en mi alma el poder del asombro. Aquí, como me ves, con este repulsivo aspecto, que hasta a los propios animales espanta, soy la princesa Candor, única hija y heredera del rey de todas las Indias. Los más grandes poetas del Oriente han compuesto canciones en alabanza de mi hermosura. El mismo hechicero que os tiene encantados, fué quien me trajo a este espantoso estado. Cierta día presentóse ante mi padre y tuvo la osadía de pedirme para mujer de un hijo suyo, llamado Misrah. Mi padre, que es hombre colérico, lo mandó echar por las escaleras no bien hubo formulado tan inaudita pretensión, y el miserable juró vengarse. Tomó la figura y maneras de



una de mis jóvenes esclavas un día caluroso, en el cual, como de costumbre, me recreaba yo con mis doncellas en los jardines de palacio. Al pedirle una bebida refrescante, me sirvió no sé qué brebaje que me hizo transformar de repente en esta horrible ave. Huyeron mis gentes dando gritos y yo me desmayé de espanto. Cuando, por mi mal, volví a recobrar los sentidos, el encantador estaba delante de mí, en este triste lugar y con su espantable voz me decía: "Aquí te quedas para toda tu vida, princesa, tan horrible de aspecto, que no habrá ser alguno que no se aleje de ti espantado. Sólo recobrarás tu anterior figura si algún hombre te diera voluntariamente mano de esposo a pesar de tu tremenda fealdad. Así quedo vengado de tu orgulloso padre." Han corrido ya muchos meses desde que el hechicero me dejó aquí abandonada. Arrastro la más mísera existencia entre estas ruinas, despreciada de todo viviente y sin tener siquiera el consuelo de contemplar los campos bajo la luz del sol, en el claro día, pues mis débiles ojos no me permiten salir de estas tinieblas.

Acabó de hablar la lechuza con voz entrecortada por los sollozos, que brotaban de su corvo pico, y vertiendo copioso llanto.

El Califa y su Visir la habían escuchado con su imperturbable gravedad de cigüeñas.

—Señor — dijo el segundo, luego que hubo meditado algún tiempo—, parece que los cielos nos han juntado aquí a los tres para que más fácilmente podamos encontrar remedio a nuestros males. Pero ¿dónde, dónde lo encontraremos?

—¡Quién sabe si estará próximo a nosotros! — suspiró la Princesa—. Por algo me fué predicho que las cigüeñas serían portadoras de mi felicidad. Acaso encontraré yo la manera de desencantaros.

—¿Qué quieres decir? — preguntó el Califa lleno de ansiedad.

—El hechicero que nos tiene encantados — explicó la lechuza — se reúne, una vez al mes, en un sitio que me es conocido, con otros nigrománticos tan perversos como él. Cenar alegremente todos juntos, regalándose con exquisitos manjares, y suelen referirse, unos a otros, las fechorías que, desde que no se han visto, han

realizado. Bien pudiera ser que hablen de vosotros y pronuncien la palabra mágica que se os ha ido de la memoria.

—Carísima Princesa — exclamó el Califa—, dinos al instante dónde se reúnen y cuándo.

La lechuza guardó silencio breves momentos. Después, dijo:

—No penséis mal de mí... La necesidad me obliga... Sólo bajo una condición contestaré a lo que me preguntáis.

—¡Dila!... ¡Dila!...—gritó fuera de sí el Califa Cigüeña.

—En todo estamos a vuestro servicio —dijo obsequiosamente el Visir con una reverencia.

—No sé cómo decirlo... —comenzó la lechuza con timidez—. También yo querría desencantarme y ya habéis oído que no puede ser si uno de vosotros no me ofrece su mano.

Las dos cigüeñas dejaron caer el pico hacia tierra con el aire más triste del mundo. ¡Desencantarse!... No ansiaban otra cosa... ¡Pero casarse con la lechuza para ello!...

El Califa hizo una seña al Visir y los

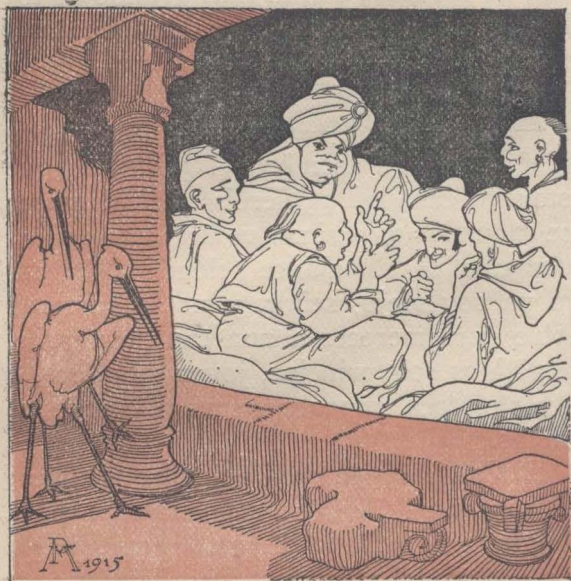
dos salieron a la galería, al otro lado de la puerta.

—Gran Visir — exclamó el Califa, en voz baja y ardiente—. Ahora tienes ocasión de coronar, con la más grande de todas, las pruebas de amor que en todo tiempo me has dado. Ofrece tu mano a la Princesa.

—¿Qué decís? — murmuró la otra cigüeña llena de asombro—. ¿Olvidáis que estoy ya casado? ¿Queréis que mi mujer me saque los ojos si me ve llegar a casa en compañía de semejante beldad? Además, yo ya soy viejo, señor, y no lo bastante noble para merecer a una tan gran princesa. Vos sois príncipe, joven y soltero, y a vos os toca emparentar con el rey de las Indias.

El Califa no se rendía a tales razones: al contrario, llegó a encolerizarse para obligar a su servidor a que se sometiera a ser esposo del pajarraco. El Visir, por su parte, empleaba vanamente los tesoros de su elocuencia de cortesano para convencer al monarca de lo ventajosas que le serían aquellas nupcias. No cejaba ninguno de los dos. Sólo al cabo de muy larga disputa, en

la que más de una vez se olvidó el Visir de los respetos que debía a su amo, se convenció el Califa de que su servidor prefe-



ría morir como cigüeña antes de ser lechuzas consorte y decidió sacrificar su propia persona, dando palabra de matrimonio a la horrible ave.

Volvió a entrar en la cámara de la lechuza.

—Señora Princesa—dijo con una gran cortesía—, tengo el honor de solicitar vuestra mano y seré muy feliz si queréis aceptarme como marido cuando hayamos recobrado nuestra forma humana.

La lechuza, al oírlo, lanzó un grito estridente y cayó desmayada de alegría. El Califa y su Visir, llenos de temor de que se muriera llevándose el secreto de su libertad al otro mundo, se precipitaron a sostenerla y la abanicaban con las alas para que recobrara el sentido.

—¡Maldición! —rugía el Califa—. ¡Y no tener a mano, para hacérselo aspirar, un frasco de sales!

—Venid, venid pronto—dijo anhelosamente la lechuza así que pudo hablar—. Esta noche es la del plenilunio y en ella deben reunirse los hechiceros.

Marchó, como guía, delante de las cigüeñas, recorrieron largos y oscuros pasadizos; subieron tenebrosas escaleras, atravesaron innumerables cámaras abandonadas, hasta que en un desván descubrieron una gran claridad que brotaba de

una ventanita abierta en un muro. Aso-
máronse a ella, y quedaron deslumbrados
del gran resplandor que les dió en los ojos.
Cuando pudieron abrirlos, vieron que es-
taban a gran altura, entre las molduras de
la cornisa de un magnífico salón. Sobre
ellos, se tendía la complicada tracería de
un artesonado de cedro. Las elevadas pa-
redes estaban revestidas de ataurique y
azulejos. Cientos de lámparas, pendientes
de la bóveda, iluminaban la estancia. Nu-
merosos pebeteros lanzaban fragante hu-
mareda. Blandos sonos de música llegaban
de una vecina sala. Allá abajo, en el suelo,
reclinados en riquísimos tapices, cojines y
divanes, había ocho o diez personajes, lu-
josamente ataviados, que se regalaban con
refrescos y sorbetes, servidos por espan-
tables esclavos negros. En medio de todos,
el Califa Cigüeña y su Visir pudieron reco-
nocer al marchante que les había vendido
los polvos origen de sus males.

—Cuéntanos, cuéntanos—le decían los
otros con gran algazara—, cuéntanos cómo
hiciste para encantar al Califa de Bag-
dad y poner a tu hijo en el trono.

El falso mercader fué narrando la his-

toria, con tales expresiones de desprecio y burla para el infeliz soberano y en medio de tan general chacota, que las dos cigüeñas temblaban de ira, en su alto ventanillo, costándoles mucho trabajo dominar el impulso que las arrastraba a precipitarse sobre los infames burladores y sacarles los ojos a picotazos.

—Gracias a ti es ahora nuestro el califato—decían los encantadores.

—Completamente nuestro —respondía Saumur lleno de orgullo—. Podemos disponer de él como queramos.

—¡Bravo, bravo!—exclamaban todos—. ¡Viva Saumur, que nos ha dado un imperio!

Repetidas veces vaciaron sus copas en honor del hechicero, y ya medio embriagados, preguntó uno de ellos:

—Pero ¿qué palabra les diste para que no pudieran recordarla?

—Una latina muy difícil —respondió Saumur.

—¿Cuál?

—*Mutabor*.

V.

—*Mutabor*, Gran Visir.

—Califa, *mutabor*.

Las dos cigüeñas, locas de alegría, emprendieron tal carrera por desvanes, galerías, pasadizos y escaleras, en busca de salida, que la pobre lechuza, con sus patas cortas, apenas podía seguirlas, resoplando de fatiga.

Cuando se vieron fuera del castillo, bajo la plateada bóveda de los cielos, el Califa, lleno de emoción, se dirigió a la encantada princesa.

—Salvadora de mi vida y de la de mi amigo—le dijo solemnemente—, acéptame por esposo, ya que tan inmenso favor nos has hecho.

Después, vuelto hacia el Oriente, donde ya comenzaban a encenderse los arreboles de la aurora, tres veces inclinó su largo cuello, saludando con reverencia. El Gran Visir repetía sus movimientos.

—*Mutabor*—dijeron.

Y al instante se encontraron convertidos

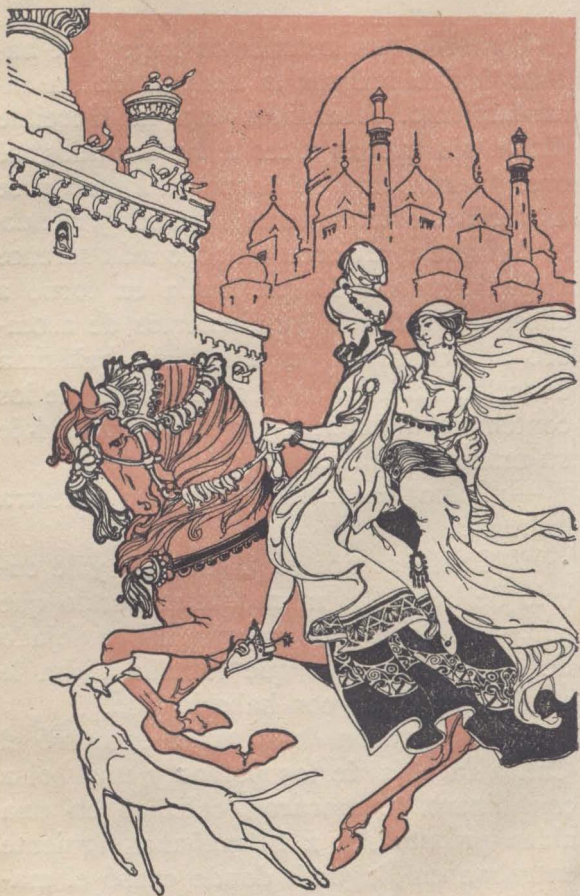
en hombres, con los mismos trajes que habían tenido puestos la mañana de su encantamiento. Aturdidos con la increíble dicha, sin apenas creer a sus sentidos, se precipitaron uno en brazos del otro y se estrecharon tiernamente, llorando y riendo.

Así que estuvieron un poco más serenos y pudieron ver lo que había en torno a ellos, se quedaron boquiabiertos de asombro al divisar, a su lado, una bellísima doncella, cubierta de ricos atavíos, que los contemplaba sonriente, y dijo, tendiéndole su mano al Califa:

—¿Cómo encontráis ahora a vuestra lechuza?

El Califa se postró a sus pies y le cubrió de besos las manos, asegurando que por nada del mundo querría haber dejado de ser cigüeña, ya que tamaña dicha le estaba reservada con haberlo sido.

En el cinturón de su traje encontró el Califa la caja de los polvos y una bolsa con dinero. Compraron caballos en una aldea próxima, y a la mañana siguiente entraban en Bagdad, donde causó el mayor pasmo y la alegría más viva la aparición del buen Califa, a quien todos llora-



ban por muerto, con pena tanto más grande cuanto más intolerables comenzaban a ser los actos de feroz tiranía del sucesor.

Los guardianes del alcázar aclamaron a su verdadero señor no bien lo conocieron; prendieron a Misrah y a su padre, que pretendían escaparse secretamente de palacio. El viejo encantador fué llevado a las ruinas del castillo, donde pagó sus culpas con la última pena, lo mismo que muchos de sus compañeros.

En cuanto al hijo, inocente de las malas artes de su padre, se le dió a elegir entre tomar rapé o ser degollado. Escogió lo primero, naturalmente. Administráronle una toma de los mágicos polvos de su padre, y transformado en cigüeña, acabó los días de su vida en una jaula de los jardines de palacio.

El Califa vivió largos años en la mayor felicidad, con su esposa la Princesa y con los numerosos principitos que le fueron naciendo. El Gran Visir seguía visitándolo cada tarde, en las perezosas horas de la siesta. Muchas veces recordaban su aventura cigüeñil, y el Califa, si estaba de buen humor, solía dignarse imitar los mo-

vimientos y gestos de su Visir cuando estaba convertido en pajarraco. Paseábase con grave petulancia, estirado el cuello y rígidas las piernas, agitaba grotescamente los brazos como si fueran alas, castañeteaba los dientes, se inclinaba en torpes cortesías, balbuciendo:—Mu... mu...—con el más cómico acento.

La Princesa y sus hijos se morían de risa con semejante farsa; pero el Gran Visir, fingiéndose picado, acababa por amenazar al mofador con hacer una grave revelación a la Princesa. Contarle lo que cierta noche había pretendido de él el Califa ante la puerta de una lechuza encantada.

The top half of the book cover features a large, embossed coat of arms. It depicts a sun with rays at the top, a central shield with a cross, and a banner below it. The entire design is rendered in a subtle, raised relief on the light-colored paper.

LA LIBERTAD DE FÁTIMA



I

MI hermano Mustafá y mi hermana Fátima son casi de una edad—a lo más él le llevará dos años—y siempre se han amado con la ternura más grande, constituyendo la alegría y consuelo de la vejez de nuestro padre.

Cuando Fátima cumplió los quince años, Mustafá quiso celebrarlo con una gran fiesta: convidó a todas las amigas de su



hermana e hizo servir una espléndida comida en un nuestro jardín, vecino a la marina. Las muchachas jugaron y bailaron durante todo el día, y a la caída de la tarde, Mustafá las invitó a dar un paseo por mar en una barca que había adornado con banderas y farolillos. Fátima y sus compañeras aceptaron con mucha alegría, pues la tarde era hermosa, el mar estaba tranquilo y nada había más lindo que contemplar las cúpulas y torres de la ciudad,

doradas por el sol poniente, espejándose en las dormidas aguas.

Tanto gustaba el paseo a las muchachas, que de ningún modo querían volver a puerto; al contrario, rogaron a Mustafá que las llevara hasta un promontorio que cerraba la bahía, detrás del cual podía verse cómo se ponía el sol en el seno del mar. De tal modo le suplicaron, que mi hermano accedió a ello, aunque de muy mala gana, pues se susurraba si algún pescador había visto un navío corsario por aquellos parajes.

Al doblar el cabo, descubrieron un bote lleno de gente armada, que hasta entonces había estado oculto entre los peñascos de la orilla, y Mustafá, no sospechando nada bueno, ordenó en voz baja a los remeros que hicieran virar la barca y bogaran rápidamente hacia el puerto. Bien pronto vió confirmados sus temores, pues los de la otra embarcación remaron también con presteza, dirigiéndose en derechura a cerrar el paso a la que mis hermanos y sus amigas ocupaban. Las muchachas, aunque iban muy encantadas del mar y entretenidas en su cháchara, no tardaron en ver el peligro que las amenazaba. Llenas de te-

rror, gritaban pidiendo auxilio; invocaban a Alá y a su Profeta; lloraban, sollozaban, corrían de un lado a otro de la barca, sobre los bancos, con peligro de volcarla. Mi hermano, en medio de ellas, trataba vanamente de apaciguarlas. Pero el bote de la gente armada era más ligero que el que ellos llevaban, y, además, las espantadas muchachas, con sus locos movimientos, no dejaban remar a los marineros. Así fué que, en muy pocas bogadas, los temidos enemigos estuvieron casi al costado de la barca y pretendieron sujetarla con sus bicheros para asaltarla espada en mano.

Mi hermana y sus amigas se precipitaron, chillando, hacia la otra banda, con lo que hicieron zozobrar la embarcación, que puso su quilla al aire, echando al mar a todos sus tripulantes.

Por fortuna, los clamores de las muchachas habían sido oídos desde el puerto—donde la gente andaba sobre aviso con las sospechas de la vecindad del barco pirata—, y algunos botes, prestamente enviados, llegaron a tiempo de recoger del mar a los angustiados náufragos. Pero,

en la premura del salvamento, dejaron escapar a la lancha enemiga, que se alejó apresuradamente, desapareciendo a la vuelta del cabo. Reuniéronse entonces las barcas salvadoras para ver si habían logrado encontrar a todos los caídos al agua. Pero ¡ay!, faltaba nuestra hermana. Apareció, en cambio, entre los náufragos, un hombre a quien nadie había visto jamás por aquella comarca.

A las preguntas que le fueron hechas, en medio de airadas amenazas, respondió que pertenecía a un buque pirata, fondeado desde varios días atrás en una escondida abra a dos millas del puerto. Habíanle ordenado que se tirara al mar para recoger en el bote de los corsarios a las desventuradas muchachas; pero como tan pronto llegó el socorro, sólo a una de ellas había logrado pescar y llevar a la lancha, quedándose él, por la precipitada fuga de sus compañeros, abandonado en medio de los náufragos.

¿Cómo pintar la aflicción de Mustafá, que se sentía causante, con su maldita invención del paseo por mar, de la pérdida de su amada hermana? ¿Cómo decir las

angustias mortales por que pasó al tener que anunciar a nuestro anciano padre aquella inmensa desgracia?

Este fué arrebatado de violenta cólera:

—¡Aléjate de mi presencia!—clamó fuera de sí—. Tu locura me priva del amparo de mi vejez y el encanto de mis ojos... ¡No te presentes jamás ante mi vista!... Vete y lleva contigo la eterna maldición de tu padre, que sólo levantaré si logras devolverme a mi hija idolatrada.

Mi hermano, aunque reconocía haber pecado de imprudente, y bien se dolía de ello, no esperaba verse tratado de tan áspera manera. Antes de ver a nuestro padre había ya decidido buscar a Fátima hasta perder la vida en la empresa, pero le apenaba tener que acometerla bajo el peso de la maldición paterna.

Sin embargo, no se acobardó. Fué a la prisión, interrogó al pirata y supo que su barco solía vender las gentes que apresaba en el mercado de esclavos de Adalia. Supo, además, que faltaban muy pocos días para la gran feria anual.

Por medio de un amigo puso en conocimiento de nuestro padre que iba a inten-

tar la libertad de la hermana, y el anciano, aunque no quiso volver a verlo, le envió una bolsa llena de oro y el mejor caballo de sus cuadras, ya que por entonces no había nave próxima a partir para Adalia y sólo por tierra podía ser hecho el viaje.

II

Sin perder momento, Mustafá montó en su caballo y tomó el camino de Adalia. Toda prisa era poca, si no quería llegar mucho después que los piratas. Como su cabalgadura era muy veloz y no llevaba consigo impedimenta alguna, en menos de seis jornadas podía alcanzar el término de su viaje.

Todo fué bien durante los primeros días. El caballo galopaba y galopaba, sin parecer fatigado ni necesitar apenas descanso. Pero al anochecer del cuarto día, atravesando una temerosa garganta entre montañas, varios hombres armados surgieron de repente entre unas rocas, y, sin

decir palabra, se precipitaron sobre mi pobre hermano; lo registraron; quitáronle la bolsa del dinero, y después de haberlo amarrado fuertemente sobre el caballo, tomando a éste del diestro, lo llevaron montaña arriba por pendientes casi inescalables.

Mustafá iba entregado a la desesperación más sombría. ¡Aquella desgracia, que le quitaba los medios de alcanzar jamás la libertad de su amada Fátima, era efecto de la maldición de su padre! Caminaron así, a la luz de la luna, durante varias horas, saltando de breña en breña, por salvajes vericuetos, hasta que descubrieron una gran hoguera en el fondo de cerrado valle. Hacia ella dirigieron sus pasos. Ardía en medio de las tiendas de un campamento, que se alzaba en una pradera, orillas de bullicioso arroyo. Paciendo o durmiendo sobre la hierba, había camellos y caballos. En torno a la hoguera se calentaban quince o veinte robustos hombres con las armas al lado; uno de ellos tañía la cítara, mientras otros dos cantaban, llenando el estrecho valle con las lánguidas cadencias de una lenta canción, que aumentó la tristeza de mi hermano.

Detuvieron el caballo ante la entrada de la tienda que parecía principal, y, luego de desatar al jinete, le ordenaron que se apeara. Con los brazos amarrados a la espalda hiciéronle entrar en la tienda. Mi hermano quedó admirado del regio esplendor con que estaba adornada: riquísimos tapices, cojines bordados, pieles, pebeteros, lámparas de bronce. Sobre un diván estaba un diminuto viejecillo fumando su pipa. Tenía no sé qué de vil y repulsivo en su semblante, que hizo que mi hermano se estremeciera al verlo, como si hubiera pisado un reptil. Aunque el hombrecillo trataba de darse aires de gran importancia, bien pronto comprendió Mustafá que no era aquél el señor de tan suntuoso alojamiento.

Los que habían llevado a mi hermano preguntaron:

—¿Dónde está el Fuerte?

—Vigila a sus sabuesos — contestó el hombrecillo —; pero me dejó encargado de que desempeñara sus funciones durante su ausencia.

—Mal hecho — dijo uno de los recién llegados —. Porque es menester decidir al

momento si hemos de retorcerle el pescuezo a este avechucho o sólo hemos de hacerle sudar su oro, y no eres tú quién para tomar resolución tan grave.

El hombrecillo se puso en pie, furioso, herido en la dignidad de su cargo; pero como comprendiera que no tenía fuerzas para castigar con una bofetada la desvergüenza de su subordinado, contentóse con echar por la boca las más desaforadas injurias. Los otros no se quedaron atrás en tal tarea y armaron tan ensordecedora gritería que parecía que se venía abajo la tienda.

De pronto, se alzó el rico cortinaje de la entrada y apareció un hombre alto, fuerte y majestuoso, como un rey de Asiria. Su traje y armas, a excepción de un riquísimo puñal, no eran mejores que los de los que reñían en la tienda. Pero tal era el fuego que brotaba de sus negros ojos que a todos imponía temor y respeto. Instantáneamente reinó profundo silencio.

—¿Quién es el osado que viene a armar camorra a mi tienda?—exclamó el recién llegado.

Nadie se atrevía a responder, por lo cual él, con mayor furia, tornó a repetir su pregunta.

Entonces, antes de que el hombrecillo tomara la palabra, uno de los que habían llevado a mi hermano se adelantó y refirió con voz temblorosa lo que había pasado.

El rostro del Fuerte palideció de cólera, entre la negrura de las barbas.

—¿Cuándo te he dejado en mi puesto, Hasán?—díjole al hombrecillo con una helada mirada de desdén.

Este se encogió cuanto pudo, musitando excusas, y se arrastró hacia la puerta. El Fuerte dió un paso hacia él y el hombrecillo, con una agilidad apenas creíble, dió un enorme salto y fué a caer fuera de la tienda.

Así que aquél hubo desaparecido, los que habían preso a Mustafá, cogiéndolo por los hombros, lo obligaron a que se postrara a los pies del Fuerte, que ya se había arrellanado en el diván.

—¡Señor!—dijeron—, aquí tienes al que nos has mandado prender.

El Fuerte contempló un momento a mi

arrodillado hermano, y por fin le dijo, con voz grave y solemne:

—¡Bajá de Ermenec, tu propia conciencia te dirá por qué te encuentras a las plantas de Orbasán!

Pero Mustafá juntó las manos, suplicante, y balbució casi llorando:

—¡Señor, por la tumba del Profeta!... Te juro que estás equivocado... Yo soy un pobre infeliz y no el bajá a quien has mandado prender.

Todos se quedaron asombrados de oír tales palabras. Orbasán exclamó, lleno de desprecio:

—¿No te avergüenzas de acudir a tan viles fingimientos para salvar tu vida, bajá de Ermenec?

Y añadió con una gran carcajada:

—¡Ya verás de lo que te sirven! Aquí tenemos a quien te conoce como tu propia madre. ¡Traed a Suleica!

Suleica era una viejecilla, esclava de la familia del bajá desde que éste era niño. Llegó toda trémula y llorosa, y así que vió a mi hermano fué a echarse a sus pies, diciendo entre sollozos:

—¡Ay, mi señor!... ¡Mi querido señor!...

¿Quién me diría que te había de ver alguna vez en manos de estos desalmados?

Mustafá no comprendía lo que le pasaba. Creía estar soñando.

Orbasán ordenó:

—¡Déjate de lloriqueos!... ¿Es éste tu amo?

La mujer exclamó, redoblando su llanto:

—¿Y quién ha de ser si no, desventurada de mí?... ¡Diera toda mi vida porque no lo fuera!

Entonces, el bandido volvióse hacia mi hermano y le escupió estas palabras:

—Ya ves tú, miserable, como tu vil superchería queda convertida en nada.

Reflexionó un instante y luego dijo:

—Eres hartamente miserable para que manche la hoja de mi hermoso puñal con tu sangre. Disfruta una noche más de tu despreciable vida. Mañana, en cuanto salga el sol, te ataré por los pies a la cola de mi caballo y te llevaré arrastras hasta la capital de tu bajalato. ¡Por las barbas de Alá, te lo juro!

Mi hermano, abrumado de dolor, bajó la cabeza y no respondió palabra.

—¡Ay de mí!—pensaba—, la maldición

de mi severo padre es la que me impone tan bochornosa muerte y la que estorba la salvación de mi dulce hermana.

Cogíanlo ya por los hombros para llevarlo fuera de la tienda, cuando se presentaron otros dos bandidos conduciendo a un nuevo prisionero.

—Aquí te traemos al bajá de Ermenec, según lo has ordenado —dijeron alegremente al entrar.

Mi hermano alzó la vista al oír aquellas palabras y no pudo reprimir un grito de asombro: el nuevo prisionero era su propio retrato.

Orbasán y los bandidos también los miraban maravillados.

—¡Pero si son idénticos!—exclamaban.

—¡Como dos gotas de agua!

—¡Como las uñas de las manos!

Por fin, Orbasán, imponiendo silencio a los otros, preguntó con su imperiosa voz, mirando alternativamente a Mustafá y al recién llegado:

—¿Quién de vosotros es el verdadero bajá?

El nuevo prisionero respondió con altivez:

—Si preguntas por el de Ermenec, ¿qué duda cabe que soy yo? ; Tú bien lo sabes!

Orbasán lo asaetó durante largo tiempo con sus terribles miradas. Temblábale de ira la barba.

—Lleváoslo — dijo por último—, más tarde ajustaré sus cuentas.

Dirigióse sonriente hacia mi hermano, librólo con sus propias manos de las ligaduras que le ataban los brazos, y con gran cortesía le dijo:

—Bien venido seas a mi tienda, desconocido huésped. Mucho lamento que hayas sido confundido con aquel monstruo; pero ya que los cielos tenían prescrito que vieras a mis manos al tiempo del justo castigo de aquel tirano, he de hacer cuanto en mí quepa para que no cuentes entre tus horas desgraciadas aquella en que te han aprisionado.

Hízolo sentar a su lado, en el diván, y preguntóle qué podía hacer, por de pronto, en su obsequio.

—Jamás me harías mayor merced—le respondió Mustafá—que la de permitirme que siguiera mi camino en este mismo instante.

El bandolero, maravillado, inquirió qué negocio tan importante traía entre manos que no podía aplazarse ni para dormir una noche.

Mi hermano le informó detalladamente del doloroso caso que lo había sacado de su casa, y Orbasán, con muy buenas razones, lo convenció de que descansara en su compañía aquella noche, y a la mañana siguiente, con renovadas fuerzas, podría continuar su ruta. Tanto más que por unos atajos montañeses, sabidos del bandido, se acertaba en más de un día la duración del viaje.

Después, mandó Orbasán que les sirvieran una succulenta cena, en la que no hubo primor que faltara. Terminada ésta, hizo aderezar para Mustafá un mullido lecho de pieles y cojines, al lado del suyo propio. Mi hermano, que ya no se tenía en pie de tantas fatigas y emociones, cayó en él como un leño, durmiendo de un tirón toda la noche y buena parte de la mañana.

Al despertar se encontró completamente solo en la tienda, pero le pareció que al lado de ella era sostenido un vivo diálogo. Una de las voces era la del jefe de los

bandidos; la otra, la del repulsivo hombrecillo que tanta antipatía le había inspirado la noche anterior. Creyó oír su nombre, prestó atención a lo que trataban y no pudo menos de estremecerse de espanto al oír que el hombrecillo intentaba convencer a Orbasán de que hiciera con el desconocido que dormía en la tienda lo mismo que había hecho con el bajá de Ermenec, para evitar que pudiera delatarlos.

El Fuerte guardó silencio durante unos instantes.

—No, no—exclamó por fin—; Mustafá es mi huésped y la hospitalidad es cosa santa. Además, conozco su vida, sé qué noble motivo mueve sus pasos, y me consta que es incapaz de traicionarnos.

Descorrió el cortinaje de la entrada y gritó alegremente:

—Buenos días, amigo Mustafá; si ya has descansado bastante, tomemos un bocado y partamos sin perder un instante. Yo mismo quiero ser tu guía por la montaña hasta dejarte a la vista de Adalia.

Pusieron los frenos a los caballos, saltaron sobre las sillas y comenzaron a subir por las agrias sendas de los montes.

No hay que decir que Mustafá iba poseído de la más risueña esperanza, al ver lo felizmente que terminaba una aventura en la que su vida había peligrado. Pronto perdieron de vista las tiendas de los bandidos y el escondido valle en que se asentaban y siguieron su camino por lo más fragoso de la montaña.

El Fuerte refirió entonces a mi hermano que aquel bajá de Ermenec, que acababa de pagar sus culpas, era el causante de que él tuviera que vivir oculto en los montes, arrastrando existencia tan miserable. Orbasán había sido uno de los grandes señores de Ermenec, dueño de muchos bienes, afortunado esposo de una mujer muy bella y virtuosa y padre de varios hijos. Pero el bajá, envidioso de las distinciones que le dispensaba el Sultán, temiendo que llegara a conferirle el bajalato en perjuicio suyo, fingió descubrir una conspiración contra la vida del soberano, en la cual supo presentar a Orbasán como principal culpable. Tan bien tramado estaba el vil embuste, que el Sultán, plenamente engañado, montó en tremenda cólera y ordenó que fuera cortada la cabeza

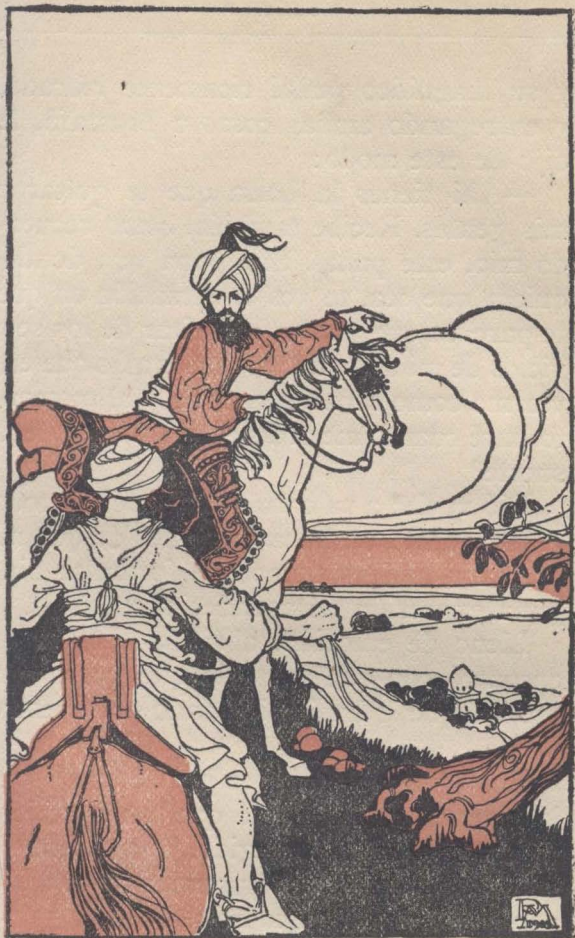
de Orbasán y todos sus bienes confiscados. Súpolo éste a tiempo y pudo salvar su vida huyendo a la montaña, pero no estorbar que el bajá se apoderara de su cuantiosa fortuna, y lo que es peor y jamás hubiera podido pensar nadie, que redujera a esclavitud y diera después muerte a la esposa e hijos de Orbasán, el cual, desde entonces, sólo había vivido para castigar crímenes tan grandes.

—Figúrate si tienes que ser grato huésped para mí—acabó diciendo—si has llegado a la tan anhelada hora de la justicia.

Entre tanto, habían alcanzado la cima de una montaña, desde donde se descubría dilatado panorama, al término del cual, fundiéndose con el cielo, aparecía la azul extensión del mar. Orbasán enseñó a Mustafá una blanca ciudad tendida a orillas del agua, en el fondo de ancho golfo.

—Allí tienes a Adalia—le dijo—. En menos de seis horas podrás alcanzarla.

Después, acercando cuanto pudo su caballo al de mi hermano, estrechólo tiernamente entre sus brazos, deseándole la mejor suerte en su laudable empresa. Sacó del cinto la bolsa de oro de nuestro padre



y su magnífico puñal ricamente labrado, y entregando ambas cosas a Mustafá, le dijo de este modo:

—Ahí tienes la bolsa que te quitaron mis gentes. Recibe también, como recuerdo mío, este puñal. Si alguna vez, dondequiera que sea, te ves en situación en que te parezca que puedes necesitar de los servicios de mi amistad, no tienes más que enviarme como señal esta arma y al momento haré cuanto me ordenes. ¡Adiós y buena suerte!

Dió vuelta a su caballo y se alejó a todo galope, como un huracán, antes de que mi hermano tuviera tiempo de formular ninguna expresión de agradecimiento.

Lleno de emoción, abrió la bolsa y se encontró con que contenía tres veces más oro del que le había sido dado por nuestro padre.

Echó pie a tierra y se postró en el suelo, dando gracias a Alá que tan manifiestamente lo había protegido, y suplicándole que no se olvidara de premiar al bandido por aquella acción generosa.

Llevado de alegres esperanzas, comenzó a bajar hacia Adalia.

III

Iba cayendo la tarde cuando Mustafá entró por las puertas de la ciudad. Dejó su caballo en un parador, y con corazón palpitante fué en busca del mercado de esclavos. Pero pōr más que recorrió todos los puestos, de donde comenzaban ya a retirar los cautivos por la proximidad de la noche, no pudo descubrir a Fátima por ninguna parte.

Fué entonces hacia el puerto, para ver si encontraba quien le diera razón del barco corsario, y, al cabo de mucho indagar, dió en una taberna con un marinero que había visto el navío y el desembarco de una hermosa esclava, cuyas señas coincidían con las de nuestra hermana. Pero nada más sabía de ella sino que en el mismo muelle había sido adquirida, en una fuerte suma, por uno de los principales tratantes de esclavos.

Mi hermano recompensó con una moneda de oro aquella noticia tan animadora y



se fué en busca del tratante que debía tener en su poder a Fátima. Lo encontró en el mercado, sentado en una estera, tomando el fresco a la puerta de su tienda.

—¡Ah! ¿También tú vienes preguntando por la esclavita de los piratas? — dijo riéndose al oír las palabras de Mustafá—.

¿Tú sabes lo que dices? ¿Dónde ibas a tener dinero para pagarla? Dos días enteros estuvieron disputándosela los señores más ricos de la comarca... Pero yo, cuantos más la querían mayor precio solicitaba. Hasta que esta mañana se presentó aquí el propio Tulicos, atraído por la fama de la asombrosa belleza de mi esclava, y me dió por ella tan fabuloso precio como jamás fué pagado en este mercado. Con que ya lo sabes. Si la quieres, ve a pedírsela al viejo Tulicos. Aunque, de mí para ti, por si quieres ahorrarte ese trabajo, te diré que no sé de qué se entusiasmaban tanto esos señores. Hay miles de muchachas más lindas que ella. Entra, entra en mi puesto, y verás dos esclavas circasianas cien veces más hermosas que la de los piratas.

Mi hermano, visitando, para disimular, la humana mercancía del tratante, fué informándose, como por curiosidad, de las circunstancias de la vida del dueño de Fátima. Supo que era un riquísimo anciano, alto funcionario de la corte del difunto Sultán, que se había retirado a vivir en un palacio campestre a po-

cas leguas de Adalia, luego de muerto su amo.

Mustafá, muy preocupado con lo que acababa de saber acerca del comprador de su hermana, se retiró a meditar a la posada donde había dejado el caballo. ¡La situación era infinitamente más ardua de lo que él se había imaginado! Contaba con rescatar a Fátima, mediante dinero, de manos de los piratas, no con que la hubiera comprado un riquísimo señor, para arrancarla a cuyo poder de nada servía el oro de su bolsa.

Caviló y caviló durante horas enteras en las tinieblas de la noche y ya habían cantado los gallos anunciando la aurora, cuando exclamó, dándose una gran palmada en la frente:

—Pero ¿no soy yo el vivo retrato del bajá de Ermenec? ¿Para qué había de haber consentido el Profeta en que fuera prisionero de los bandidos sino para que supiera esto?

En un momento tuvo concertado su plan. No bien fué día, salió por la ciudad, se compró ropa de lujo, como la que le había visto al bajá, adquirió dos esclavos, dos



caballos, ricos jaeces... A media tarde, seguido de sus servidores, se encaminó hacia el castillo de Tulicos. Iba a presentarse a él como bajá de Ermenec, vivir algunos días en su casa, buscando ocasión en que pedirle o robarle a su querida hermana.

Dos horas después, descubrió el palacio del Visir, alzándose en medio de la llanura, no lejos del río. Edificios y jardines estaban cercados de altísimos muros, por encima de los cuales apenas lograban asomar las copas de los árboles.

Mustafá quedóse en una pradera, a orillas del río, y mandó a uno de sus esclavos al castillo para que pidiera alojamiento, por aquella noche, en nombre del bajá de Ermenec. Momentos después, regresó su servidor, seguido del mayordomo de Tulicos y seis esclavos portadores de un rico palanquín, en el cual, respetuosamente, rogaron a mi hermano que consintiera en ser llevado.

Atravesaron el patio del castillo, donde había una fuente monumental que echaba gran caudal de agua por sus doce caños, y por una rica escalera de mármol lo con-

dujeron hasta el regio salón donde Tulicos lo aguardaba.

Aquel personaje recibió a mi hermano con las mayores muestras de amistad, hízolo sentar en el principal asiento de la sala, y mientras no sirvieron la magnífica cena—en la cual había ordenado a sus cocineros que agotaran toda su ciencia culinaria—lo entretuvo con la charla más amena que cabe imaginarse. Era un gran señor, amable, jovial y alegre, que poseía el secreto de que a su lado parecieran las horas instantes.

Durante la cena, mi hermano llevó la conversación hacia el tema de la feria de esclavos y entonces Tulicos le refirió que acababa de hacer la adquisición de una verdadera joya: una esclava dotada de tan rara hermosura como nunca otra igual había contemplado.

—Lo único sensible — añadió — es que está poseída de la mayor tristeza. No hace más que llorar en todo el día, y con nada logro distraerla ni consolarla.

Poco después, mi hermano era guiado a la suntuosa estancia donde debía pasar la noche. El señor de la casa le había rogado



amablemente que no le privara de su compañía tan pronto como al entrar había anunciado; que residiera en el castillo por lo menos una semana.

No hay que decir si estaría contento Mustafá de lo bien que se iba presentando la que

había parecido irrealizable empresa, ni si habrá orado con fervor, lleno de gratitud por el patente auxilio que el cielo le prestaba. Durmióse pensando en su dulce Fátima, de quien, sin que ella pudiera sospecharlo, tan cerca se encontraba. ¿Qué medio habría para hacerle conocer su vecindad?...

Haría una hora que estaba descansando, cuando se despertó deslumbrado por el resplandor de una linterna. Sentóse con presteza en el lecho y creyó seguir soñando al ver delante de sí al vil hombrecillo de la tienda de Orbasán, que le sa-

ludaba con profundas reverencias y su sonrisa falsa.

—¿Qué se te ofrece?—gritó Mustafá echándose de la cama así que se hubo re-
puesto un poco de su asombro.

—Volved a acostaros, señor bajá. No os molestéis por mí—decía el hombrecillo deshaciéndose en cortesías—. Y ante todo recibid mi respetuosa enhorabuena. Creía haberos ahorcado, y hasta me parecía haber dejado vuestro cadáver pendiente de un pino del bosque, para columpio de los cuervos...

Mustafá le interrumpió secamente:

—¡Pocas palabras! ¿Por qué estás aquí? ¿Qué se te ofrece?

—¡Ah! —dijo el otro—. ¿Te permites tratarme con desprecio? ¡Ahora veremos! Estoy aquí porque me cansé de aguantar las soberbias de Orbasán y me escapé de su campamento mientras él te guiaba por los senderos de la montaña. Se me ofrece decirte que conozco tu superchería y sé a lo que has venido, porque estuve escuchando lo que en la tienda hablabas con Orbasán. Por tanto, si no me das por mujer a tu hermana (¡linda criatura, a

fe mía!), en cuanto amanezca iré al cuarto de Tulicos y le contaré la historia de su huésped el bajá.

Mustafá estaba como loco de rabia y de dolor. ¡Cuando ya daba por segura la libertad de su hermana, venía aquel miserable a estorbarla! No quedaba más que un camino para alcanzar su propósito: dar muerte a aquel vil gusano. Fuera de sí, lanzóse de la cama blandiendo su puñal, pero el hombrecillo, que ya debía contar con el golpe, dejó caer al suelo la linterna, con lo que quedó en tinieblas la estancia, y huyó por las galerías del castillo, gritando hasta desgargantarse:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me matan!

No había que perder un segundo. Iba la vida en ello. Las gentes del palacio comenzaban a alborotarse al oír los gritos del infame hombrecillo y presto vendrían en busca de Mustafá. Vistióse a escape; puso en el cinto su puñal y su oro, y saltó al patio por una ventana, cuando ya los servidores de Tulicos llegaban a las puertas de su cuarto.

Por fortuna, mi hermano no se hizo daño alguno en la caída y a todo correr se

lanzó hacia la puerta del castillo, decidido a abrirse paso con su puñal. Pero los que la guardaban habían abandonado su puesto para ir al interior del castillo y ver de qué procedía tamaño alboroto, y Mustafá no tuvo más que descorrer los cerrojos y se encontró en la libertad de los campos. Corrió cuanto pudo, hasta que, agotadas sus fuerzas, fué a caer al pie de los árboles de un bosquecillo.

Estaba salvado. Pero en el castillo quedaba Fátima, su amada Fátima, cuya liberación, ya tan próxima, sabe Dios si no se había hecho imposible para siempre...

IV

Al principio, dejóse llevar Mustafá de una terrible desesperación, y lloró y gimió largo tiempo, dando por perdida a su hermana. Pero pronto se dijo que nada se remedia con lágrimas y que tenía que luchar por la libertad de Fátima mientras le quedara una gota de sangre.

Lo más urgente era desaparecer del país, no fueran a dar con él las gentes del castillo y lo prendieran o mataran. Salió del bosque y se marchó a buen paso a través de los campos en dirección a Adalia. Al amanecer entró en una aldehuela, cuyos habitantes salían con sus aperos a labrar los sembrados. Descansó un momento en un mesón, y, por parecerle que acaso podría serle útil para sus ulteriores tentativas, compró casi de balde un borriquillo negro que pacía en unos campos.

Caballero en su asno—si se puede decir caballero a quien en tan humilde cabalgadura cabalga—, entró hacia mediodía por las calles de Adalia y fué a posar en un escondido parador. Al compás de la marcha de su borriquillo, había ido pensando lo que tenía que hacer, hasta en sus menores detalles.

Comenzó por buscar un anciano vendedor de hierbas y drogas, de quien, a precio muy caro, consiguió un brebaje que producía un sueño en un todo igual a la muerte, salvo en que se disipaba pasadas unas horas, sin dejar mal alguno en quien lo había experimentado.



Después se compró una gran túnica negra, un bastón de camino y unas antiparras. Llenó una gran caja con frascos, paquetes de hierbas y botecillos con polvos y pomadas; puso en otra una calavera, un lagarto disecado, un astrolabio, libros en extrañas lenguas, redomas, retortas, matraces y otros utensilios raros, y luego de haberse teñido de blanco los cabellos y puesto unas grandes barbas—con lo que

no lo hubiera conocido ni su propia madre—cargó las misteriosas cajas en su borriquillo y apoyándose en su cayada y con paso fatigado, recorrió a pie el camino del castillo donde estaba prisionera Fátima.

Pero antes de llegar a él, quiso ensayar su ciencia médica en la aldea más inmediata. Instaló su sabia pacotilla en el patio de la posada y anunció que estaba dispuesto a curar todos los males. En toda la mañana no dejaron de llegar dolientes, a los que mi hermano fué examinando con la mayor gravedad y explicándoles sus enfermedades en los más incomprensibles vocablos, con los que aquéllos quedaban convencidos de su profundísima ciencia. A nadie dejaba ir sin su remedio: cataplasma, polvos, untura o jarabe, que siendo inofensivos por naturaleza y aplicados con fe, no dejaban de producir alivio en las primeras horas, cosa que hizo crecer hasta las nubes la fama del desconocido médico.

Ahora bien, entre los enfermos curados con las recetas del sabio Chacamancabudibaba—que era como Mustafá se hacía llamar—figuró uno de los servidores de

Tulicos, que había ido con una comisión a la aldea, y no bien regresó al castillo contó a todos la gran novedad de la aparición de aquel sabio, de nombre endiablado, que tan maravillosas curas realizaba, como en sí mismo había experimentado. Hasta el propio Tulicos llegó la noticia, el cual, no bien la hubo oído, deseando consultar con él su salud y la de sus mujeres, mandó a su mayordomo a la aldea con orden de llevar el médico al castillo sin dilación alguna.

Cuando Mustafá recibió aquel recado, que tan plenamente satisfacía sus secretas aspiraciones, dijo, sin embargo, que no le era posible perder un día en visitar el castillo porque con mucha necesidad



lo esperaban en otra parte. Sólo cuando el mayordomo ofreció pagarle una suma de importancia se avino a acompañarle. Empaquetó con el cuidado más grande su tesoro de medicinas y luego de cargar en el borriquillo las cajas, fingiendo gran miedo a montar a caballo, se dejó llevar a ancas por el mayordomo.

Llegado al castillo, encerró en la habitación que le designaron sus preciosas cajas y bien pronto Tulicos vió venir hacia él a un anciano encorvado, que sólo gracias a su bastón lograba tenerse en pie, y hablaba el turco muy incorrectamente y con acento extraño.

Hízolo sentar en un cojín a sus plantas, preguntóle cómo se llamaba, y al oír aquel extraño nombre, que no le fué posible retener por más que puso en prensa su memoria, comenzó a sentir admiración hacia quien de tan rara manera se llamaba.

Chacamancabudibaba estuvo media hora diciendo, con solemne gravedad, las cosas más sin sentido y las palabras más enrevesadas. No fué menester más para que el dueño del castillo lo tuviera por famosísi-

mo sabio y decidiera consultar con él a todas las mujeres de su serrallo.

Apenas cabía en sí de gozo mi hermano. ¡Iba a ver a su idolatrada Fátima y a poder administrarle el brebaje, llave de la puerta de su prisión! Pero siguió disimulando, y no perdió una tilde de su majestad de sabio.

Precedido por Tulicos, fué atravesando los salones del castillo hasta llegar a las puertas del serrallo. Pero ¡qué grande no fué su decepción al ver que el viejo castellano no le hacía pasar más adelante, sino que le dijo, señalándole un agujero redondo que había en la pared:

—¡Insigne Chacaltababa, o como te lla-
mes, mete tu mano por ese agujero y po-
drás ir tomando el pulso a cada una de
mis esclavas y saber si está enferma o
sana!

En vano el sabio Chacamancabudibaba le objetó que sin ver a las pacientes le era imposible diagnosticar con certeza acerca de su estado. Tulicos se mantuvo inflexible y se encerró en decir que buena dejaba su fama de sabio si no podía conocer la salud de cada persona con sólo tomarle el

pulso. Visto que de no acceder a lo que quería el viejo, perdería aquella única ocasión de comunicarse con nuestra hermana, Mustafá se avino a proceder de aquel modo, pero exigió que le fuera dicho el nombre de cada esclava, pues le era indispensable saberlo para poder hacer con fruto sus investigaciones.

Llevaba tomado el pulso a diez o doce esclavas, y declarado que no las aquejaba padecimiento alguno, cuando el dueño del castillo mandó que al otro lado del muro colocaran a Fátima. Mi hermano, palpitante de emoción, tomó en la suya una manita tibia, blanda y suave. Acari-cióla largamente, y, vuelto a Tulicos, con su gesto más solemne declaró que la dueña de aquella mano estaba amagada de grave enfermedad, que no tardaría en llevarla al sepulcro.

Tulicos, que sentía gran afecto por aquella esclava, suplicó a Chacamancabudibaba que no perdonara medio para devolverle la salud.

Mi hermano se retiró a su estancia, a pretexto de preparar un medicamento, y escribió en un papelito:

“Fátima. Estoy aquí para libertarte. Para conseguirlo, tienes que tomar una poción que te dejará como muerta durante muchas horas. Pero volverás a la vida, después, entre los brazos de tu hermano. Si quieres usar de este medio, no tienes más que mandar a decirme por un esclavo que los polvos que te entrego con este papel no te han aliviado y te enviaré aquella bebida. Ten confianza.”

Volvió en seguida a la cámara, donde lo esperaba Tulicos, llevando, en una cajita, unos inofensivos polvos blancos. Tomó otra vez el pulso a la enferma y le puso debajo del brazalete el papel que había escrito, entrególe después la caja de los polvos y se separó del agujero de la pared con aire preocupado.

—Chacandababa—dijo el señor del castillo—, respóndeme francamente: ¿Cómo encuentras a mi querida Fátima?

Mustafá le contestó, lanzando un suspiro:

—¡Ay, señor! Imploremos el auxilio del Profeta, porque me parece que se inicia en ella un enfebricitamiento claustral y

empireumático, mal que siempre tiene terrible desenlace.

—Pues óyeme bien, Chacalambaba o como demonios te llames: si no le salvas la existencia, te hago colgar de una almena de la más alta torre de mi castillo.

—Me tratarás como se te antoje—respondió humildemente mi hermano—. No por tus amenazas, sino por cumplir con mi deber, haré cuanto quepa en lo humano por devolverle la salud. Pero si, pese a mis esfuerzos, tuvieran prescrito los cielos el término de su vida, quiero prevenirte que hagas llevar inmediatamente fuera del castillo su cadáver, pues todas tus mujeres fallecerían de idéntico mal si sólo una hora aquí quedara.

Estaban hablando así, cuando se presentó un esclavo negro del serrallo, el cual anunció que los polvos no habían servido de nada y que Fátima se retorció en su lecho presa de terribles dolores.

—Usa de toda tu sabiduría, Chascala-baba—imploró Tulicos—, y te recompensaré regiamente.

Mustafá volvió a su estancia y entregó

al esclavo negro la redomilla del somnífero brebaje.

—Con este elixir—díjole a Tulicos—, se calmarán sus dolores y pasará tranquila la noche. Pero eso no basta: voy a ir ahora mismo al río en busca de unas salutíferas hierbas que crecen en sus márgenes. Con un cocimiento de ellas quedará curada. Ahórcame como me has anunciado si de este modo no la salvo.

Anocheía cuando llegó a la orilla del río. Quitóse su túnica y sus barbas y lo arrojó todo al agua. Después, con mil cuidados, para no ser visto de nadie, fué al rico panteón que Tulicos se había hecho construir en el cementerio de la aldea, y, abrasado de impaciencia, se escondió detrás de un sepulcro, esperando que llevarán dormida a su amada hermana.

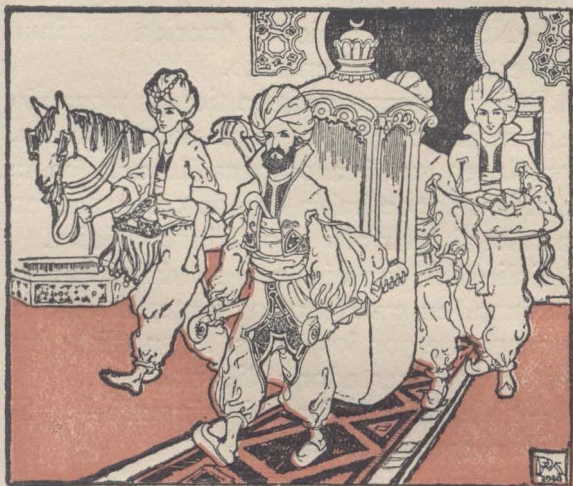
Haría una hora que Chacamancabudibaba había salido del castillo, cuando hicieron saber a Tulicos que parecía agonizar su esclava Fátima. En seguida mandó un batallón de esclavos al río, con hachas encendidas, para que le trajeran al médico sin perder un instante. Pero los servido-

res, después de haber registrado a la luz de sus antorchas todos los matorrales de la orilla, volvieron diciendo que el sabio médico debía haberse ahogado, pues no habían encontrado otro rastro de él que su túnica y su cayada, detenidas en un remanso entre las raíces de los árboles, y ¡gran maravilla!, les había parecido ver en medio de la corriente sus magníficas barbas blancas flotando encima de las ondas, como un ánade.

Así que oyó Tulicos que nada se podía esperar del médico, lanzó furiosos gritos, maldiciéndose a sí y a todas las cosas, se arrancó a puñados la barba, se dió de calabazadas contra las paredes, pero con ello no curó a la enferma; poco después, Fátima exhalaba su último aliento.

Tulicos ordenó que la enterraran en aquel mismo instante, aunque la noche iba ya muy avanzada. Cuatro esclavos la llevaron al panteón en un palanquín, y se disponían a darle sepultura, cuando les pareció oír unos lastimeros gemidos, que brotaban de un sepulcro, y, muertos de miedo, se volvieron al castillo, dejando a Fátima sobre las losas del suelo.

Mustafá—que no era otra el ánima que se quejaba—se acercó loco de alegría al sitio donde habían depositado a Fátima;



postróse a su lado en tierra y para facilitar que volviera a recobrar sus sentidos, hízole aspirar el contenido de un frasco que a prevención llevaba. Bien pronto la presunta muerta comenzó a respirar dulcemente, volvió el calor a sus manos, que parecían de mármol. Luego lanzó un gran

suspiró y se sentó en el suelo, exclamando toda azorada:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Dónde me encuentro?

Mustafá la estrechó contra su seno.

—No tengas miedo, querida Fátima, que estás con tu hermano.

Dejóla descansar algún tiempo y cuando le pareció que estaría ya un poco repuesta, tomóla en sus brazos para llevarla hasta la aldea, donde había dejado comprado un caballo, al lucir allí su sabiduría médica.

Salió del panteón con su dulce carga. La luna, en cuarto menguante, navegaba suavemente por los cielos. A su triste luz miráronse libertador y libertada, y...

—¡Maldición!—bramó Mustafá—. ¡Si ésta no es mi hermana!

—¡Santo cielo!—exclamó la joven—. ¡Si éste no es mi hermano!

V

¡Tantos esfuerzos para libertar a una desconocida! Tal fué la desesperación de Mustafá, que se dejó caer por tierra y prorrumpió en convulsivos sollozos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo hacer ahora para volver a entrar en el castillo? ¿De qué medio valerse, si apenas le quedaba un ochavo? Creía morir de rabia.

La desconocida no sabía que hacer para aplacarlo. Le contó que también ella había sido robada de casa de sus padres hacía pocos meses; que también ella tenía un hermano querido de quien siempre había esperado que vendría a libertarla.

La identidad del caso de la desconocida con el de su hermana aplacó la furia de Mustafá y le hizo considerar sin ira a la esclava a quien había salvado. Vióla pálida y temblorosa, implorando calladamente misericordia con sus ojos llenos de lágrimas... Pensó en que su hermana podía llegar a estar así delante de otro hombre... La fatalidad y no ella había sido la culpa-

ble. Ya vería después cómo librar a Fátima... Lo urgente era poner a salvo a aquella desdichada a quien, sin quererlo, había libertado.

Fueron hasta la aldea donde había comprado el caballo y montó en él, llevando a las ancas a la nueva Fátima. Cuando los del castillo pudieran darse cuenta de la desaparición del cadáver, ya estarían ellos seguros en una posada de Adalia.

Allí explicó la muchacha cuál había sido la causa del error. Tulicos mudaba el nombre de todas sus esclavas. A ella, que era Zoraida, le había puesto Fátima, llamando Nurmahel a nuestra hermana.

—Pero no pierdas la esperanza—siguió diciendo Zoraida—, que yo puedo indicarte un medio seguro para que libertes a Fátima. Eso sí, no podrás ir solo; necesitas la ayuda de dos o tres hombres y todos debéis ir armados.

Refirióle entonces que, a fuerza de astucia, pensando en fugarse, había logrado descubrir que el agua que manaba de la gran fuente del patio de palacio era conducida hasta allí por una galería desde la colina que se alzaba a media legua del

castillo, hacia el Oriente. El punto en que nacía el manantial en la colina reconocíase porque estaba rodeado de álamos. El arranque del acueducto era cerrado por una fuerte reja, pero una vez arrancada, era muy fácil llegar por la galería hasta el castillo. A unas diez varas del sitio de desagüe en la fuente, había un sillar que servía de registro para limpiar el caño. Removiéndolo desde dentro, cosa que bien podía ser hecha entre dos o tres hombres, se estaba en el patio del castillo. Muchas veces había pensado Zoraida animar a varias de sus compañeras para escaparse todas juntas por la galería de las aguas, pero había dejado de hacerlo temiendo que saliera vano su intento y fuera espantoso el castigo que les infligiera Tulicos. ¡Se estremecía de pensarlo!

Mustafá había vuelto a recobrar sus ánimos. No se cansaba de pedir nuevos detalles a Zoraida. Una vez en el patio, era sencillo el orientarse. Forzando la quinta puerta a la izquierda de la escalera principal, y tomando por una galería que arrancaba hacia la derecha, la tercera puerta a la izquierda era la del dormitorio de

nuestra hermana. Mustafá grababa hondamente en su memoria aquellos detalles.

Un solo pensamiento lo traía desvelado. Apenas le quedaba ya dinero alguno, y, sin él, ¿cómo encontrar en tierra extraña quien quisiera ayudarlo?

Su mano tropezó entonces, por casualidad, con el mango del puñal que llevaba al costado.

—¡Ah! ¡Ya sé lo que he de hacer!—se dijo—. Acudiré a Orbasán.

Recomendó a Zoraida que no saliera del cuarto del mesón en los tres o cuatro días que duraría su ausencia y se despidió de ella, dejándole, para sus necesidades, todo el dinero que le quedaba. Montó a caballo y se lanzó por las sendas de la montaña en busca del dueño del puñal.

Cuando llegó al vallecito, el Fuerte estaba cenando en su tienda. Recibió a Mustafá con muestras de gran cariño y luego de haberle hecho cenar en su compañía, le preguntó a qué era debida su visita inesperada.

Mi hermano sacó de su cinto el puñal, y mostrándoselo le dijo:

—Vengo a recordarte la promesa que

me has hecho cuando nos separamos. Necesito que me proporciones tres o cuatro hombres capaces de realizar una peligrosa hazaña.

—¡Cuenta con ellos!—respondió el Fuerte—. Pero ¿qué te propones hacer?

Entonces, mi hermano fuéle narrando la historia de sus vanos intentos por libertar a Fátima. Orbasán lo escuchaba con gran interés, celebrando mucho las invenciones de Mustafá, en especial la del sabio Chacamancabudibaba, con la que se rió de muy buena gana. Pero se llenó de ira al conocer la perfidia del hambrecillo.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Cón que ese miserable está en el castillo de Tulicos! Me alegro saberlo, pues tengo que arreglar con él una cuestión muy grave. Figúrate que reveló a la justicia de Ermenec dónde se esconden los matadores del bajá y preparan un ejército para venir a castigarnos. ¡Bueno es que encontrarán sin pájaros la jaula! Yo mismo iré en tu compañía mañana, con seis de mis hombres mejores, y que tiemble ese mal bicho si damos con él al querer libertar a tu hermana.

Al rayar la aurora, se pusieron en mar-

cha, montando excelentes caballos y todos muy bien armados. Antes de bajar al llano se dividieron en dos grupos para que no produjera sospechas en las gentes del país la presencia de tanta gente de armas; pero se citaron a prima noche en la colina de los álamos.

Una vez allí, pronto encontraron el acueducto; despedazaron con unas palanquetas las rejas de la entrada, y dejando uno de los bandidos al cuidado de los caballos, Mustafá, Orbasán y sus otros cinco acompañantes, provistos de linternas, se internaron por la galería de las aguas. No era cosa cómoda el viaje, pues por el acueducto corría un verdadero río, y en muchos pasos estuvieron metidos en agua hasta los hombros. Llegados al final de la galería, lograron, no sin grandes esfuerzos, alzar el sillar que les había señalado Zoraida, y salieron al patio de palacio todos empapados en agua. La casa entera parecía sumida en el más profundo sueño.

—Ya lo sabes, Orbasán—murmuró mi hermano—; la quinta puerta a la izquierda de la escalera principal.

—Justo—respondió aquél—; y la terce-

ra, al mismo lado de la galería de la derecha.

Fueron contando los huecos a partir de la escalera; pero se encontraron con una puertecilla tapiada y no supieron si debían prescindir de ella, pues nada les había advertido Zoraida. Orbasán opinaba que debía entrar en la cuenta. Mustafá, que había que dejarla.

—No perdamos tiempo en inútiles discusiones—dijo Orbasán—. Abriremos los dos, si es necesario.

Con pasmosa habilidad y silencio hicieron saltar la cerradura de la primera puerta y entraron por ella con las espadas desenvainadas. Cuatro esclavos negros dormían en el suelo, al parecer borrachos; acurrucado en un rincón, temblando de miedo, descubrieron al vil hombrecillo que tanto daño les había causado.

—¡Ah, maldito!—rugió Orbasán, agarrándolo—. ¡Te hemos pillado!

En un momento estuvieron amarrados y amordazados los cuatro durmientes, que apenas un gruñido lanzaron. El hombrecillo pedía misericordia, levantando las manos.

—Luego nos veremos tú y yo—díjole el Fuerte—. Ahora, si no quieres morir en este mismo instante, dinos por dónde se va al cuarto de la esclava Nurmahel, con quien querías casarte.

El hombrecillo explicó obsequiosamente que se habían equivocado de entrada. La puerta que habían abierto y la que estaba al fondo de aquella antecámara, cerrada con tantas llaves, correspondían al lugar donde Tulicos encerraba sus riquezas, y aquellos dormidos esclavos la custodiaban. Pero él, el hombrecillo, que se había propuesto huír del castillo aquella noche, les había hecho beber hasta embriagarlos, para poder entrar en el tesoro de su amo y cargar, con cuanto le permitieran sus fuerzas, de las joyas que allí estaban guardadas.

—Tengo las llaves, Orbasán—acabó diciendo—, y te las daré si juras no matarme.

—No he venido a robar, sino a servir a un amigo—dijo aquél con furor—. Pronto, pronto, respóndeme. ¿Dónde está Nurmahel?

—Tenéis que abrir la puerta que sigue a

ésta—dijo el hombrecillo—; pero es tan firme, que no sé si podréis lograrlo. ¡Con decir que Tulicos no cree necesario dejar en ella guardia!

La puerta sería firme, no hay que dudarle; pero antes de cinco minutos estuvo abierta, y Mustafá, seguido de los hombres de Orbasán, se precipitó veloz por ella. Recorrió la galería de la derecha, abrió la puerta que le había dicho Zoraida. Creyó morir de alegría cuando tuvo entre sus brazos a su hermana, que se despertó toda asustada.

—¡Cállate...! ¡Por Dios, cállate...!—decíale Mustafá al oído, tapándole la boca con las manos—. Soy yo, que vengo a libertarte... Mustafá..., tu hermano.

Fátima conoció la querida voz fraternal, no bien estuvo por completo despierta, le devolvió con ternura sus caricias y se dejó llevar en sus brazos.

Mustafá salió corriendo al patio, donde ya Orbasán le esperaba.

—¿La has encontrado?—preguntó aquél—. Pues marchémonos, que mi venganza también queda realizada.

Volvieron a recorrer, con toda felicidad,

el acueducto. Los caballos los llevaron a Adalia, donde mis dos hermanos, llenos de gratitud, se despidieron llorando del generoso Orbasán, sin cuyo auxilio jamás habrían logrado encontrarse, y en una nave que se hacía a la vela para nuestra ciudad natal, se embarcaron en compañía de Zoraida.

La travesía fué breve y afortunada. En un puerto en que hizo escala el buque quedó Zoraida, en casa de unos parientes, hasta encontrar ocasión en que trasladarse al lado de sus padres. No hay que decir si habrán sido tiernos los adioses. Pocas horas después Fátima y Mustafá abrazaron a nuestro anciano padre, quien no quería creer a sus ojos, al verlos en su presencia.

—Yo te bendigo, amadísimo hijo—dijo llorando a mi hermano, así que supo la historia de la libertad de Fátima—, y quiera Dios que tu noble ejemplo sirva para que nunca falten criaturas como tú, dechado de valor, de abnegación, de ingenio y de ardiente cariño fraternal.

EL FALSO PRÍNCIPE



no era mal muchacho, aparte de que tenía muy primorosas manos para el trabajo.

Cierto día, un príncipe, pariente del Sultán, que por casualidad se encontraba en Alejandría, mandó uno de sus trajes a

casa del maestro alfayate para que hicieran en él no sé qué reformas. El sastre, lleno de orgullo de que tan alto personaje se dignara utilizar sus servicios, entregó aquellas prendas a Labacán, por considerarlo como el más apto de todos sus oficiales para realizar con felicidad tan comprometida y delicada labor.

Labacán cosió todo el día en las regias vestiduras sin hablar palabra, tejiendo en su cabeza los más excelsos pensamientos a compás de la aguja, y por la noche, cuando el maestro y los otros oficiales se retiraron del taller, quedóse un momento más para rematar su obra. No se hartaba de acariciar el suavísimo terciopelo de que estaba hecho el traje, ni de admirar los magníficos bordados de oro, que lo cubrían casi por completo. Y a fuerza de contemplarlo, sintió deseos de ponérselo, para ver cómo parecería, si pudiera usar de tan ricos arreos. ¡Sólo un instante...! ¡Nadie había de saberlo...!

Pero, con grata sorpresa, observó que el traje le sentaba tan bien como si hubiese sido hecho para él. Se paseaba arriba y abajo por el taller, hinchado como pavo, y

no se cansaba de admirarse con su señorial ropaje.

—¡Si me cae como hecho a la medida!
—se decía—. ¡Que digan después que no tengo figura de príncipe!

Parecía que con los vestidos se había puesto también un alma de gran señor. Su rostro, su andar, sus ademanes, habían adquirido de pronto majestuosa gravedad.

—¿Sería posible—pensaba—que tuviera yo esta regia figura y este ánimo levantado si no corriese por mis venas sangre de príncipes...? No, no cabe duda de que yo soy hijo borde de algún desconocido rey.

Y deseando probar fortuna y ver si descubriría su aventajada alcurnia, lo mismo que para perder de vista un lugar donde sus grandes méritos habían estado oscurecidos en condición tan mísera, decidió partir de Alejandría en aquel mismo momento. Sin quitarse la ropa del Príncipe, cogió la bolsa, donde guardaba sus no muy sobrados haberes, y pudo salir de la ciudad merced a la oscuridad de la noche.

Dondequiera que se presentara el nuevo magnate provocaba general asombro con sus regias vestiduras y su ceremonioso continente, tan impropio de un caminante. Si le preguntaban por qué viajaba a pie con tan ricos vestidos, respondía, con misteriosa voz y semblante, que no sin motivo hacía lo que hacía. Pero cuando notó que todos los que lo veían marchar a pie se reían de él, compróse por poco dinero un viejo rocín, que, con su andar cachazudo y pacífico, se prestaba muy bien para cabalgadura de sastre.

Yendo, cierta vez, camino adelante, al reposado paso de su caballo, alcanzóle un mancebo, caballero en un corcel muy brioso, el cual le dijo que, si no tenía inconveniente, haría en su compañía aquella jornada, para abreviar el camino con amenas charlas. El mancebo, aunque no de muy gentil presencia, era un alegre compañero, que sabía contar muy lindas y chistosas historias. Preguntáronse uno y otro cuál era el término de su viaje, y resultó que los dos llevaban el mismo camino. Labacán nada dijo de su nombre, patria y condición, aunque dejó entrever que procedía

de estirpe muy noble; pero el desconocido refirió que se llamaba Omar, era sobrino de Alí-Bey, el desgraciado bajá del Cairo, y que se había puesto en viaje para realizar una obra que en su lecho de muerte le había encomendado su amado tío.

Los dos muchachos se encontraban tan a gusto uno con otro, que no se separaban ni para dormir en las posadas del camino: juntos ocupaban siempre la misma cámara. Una noche, después de haber cenado alegremente, soltósele la lengua a Omar y, bajo promesa de secreto, descubrió a su nuevo amigo la misión de que Alí-Bey le había encargado.

El bajá del Cairo lo había criado tiernamente en su palacio, desde su niñez más temprana, a título de sobrino y sin haberle dicho jamás una palabra de quiénes hubieran sido sus padres. Pero cuando Alí-Bey fué acometido por sus enemigos y herido de muerte, luego de haber visto la derrota de todos sus ejércitos en terrible batalla, hizo llamar a su pupilo, y entre estertores de agonía, le reveló que él no era sobrino suyo, sino hijo de un muy poderoso monarca, que, para alejar de la

cabeza del infante los peligros profetizados por un astrólogo, para el caso en que creciera al lado de su padre, lo había confiado a los paternales cuidados del Bajá, sin querer saber nada de él hasta el día en que cumpliera los veintiún años. Alí-Bey no le había dicho el nombre del autor de sus días; pero le había mandado que se pusiera en camino en el momento oportuno para encontrarse al pie del obelisco de El-Serujah a la salida de la luna del cuarto día del próximo mes del Ramadán, momento en que entraba en el nuevo año de su vida. Allí había de encontrar unos emisarios, a los que, diciéndoles: “Aquí está el que buscáis”, debía tender un puñal que el Baja le entregó, y si ellos le respondían “Alabado sea el Profeta por haberte guardado”, podía seguirlos tranquilamente, pues lo llevarían al encuentro de su padre.

El sastre Labacán quedóse mudo de asombro al oír semejante relato. No podía menos de mirar con ojos de envidia al afortunado Omar, que se veía a punto de convertirse en un gran príncipe, mientras que él...

—¡Qué injusta es la suerte!—decíase

amargamente, lleno de secreta ira. Comparaba sus prendas personales con las de su compañero y se encontraba mucho más merecedor de ser heredero de un trono. ¿No era más aventajada su estatura y más recio y juvenil su cuerpo? ¿No eran más bellas sus facciones? ¿No ostentaba siempre en el rostro una majestuosa gravedad bien distinta del aire aturdido y apajarado del barbilindo mancebo? Y pasando a los dones del ánimo, al lado del ansia de grandezas que a él le movía, ¿qué valía aquel pobre rapaz, que no hacía más que reírse el día entero, como si no estuviera llamado a los más augustos destinos?

Tales ideas no le dejaron descansar en toda la noche. Moríase de rabia de pensar que el compañero que dormía tranquilamente a su lado había de ver cumplidas en su vulgar persona las altas aspiraciones que le habían atormentado a él durante su vida entera sin la menor esperanza de que llegaran a convertirse en realidad. Y, cavilando, cavilando, a fuerza de dar calenturientas vueltas en el lecho, llegó a apoderarse de Labacán un mal pensamiento, contra el cual ni siquiera intentó defender-

se. ¿No podría alcanzar él por astucia o por fuerza lo que el otro tenía por naturaleza? Omar dormía descuidado; el puñal, prenda de reconocimiento, estaba a los pies de la cama, entre las ropas del durmiente. Labacán se levantó en silencio, y bien pronto sus febriles dedos tropezaron con el arma y se apoderaron de ella. ¡Ah! ¡Si lo clavara en el pecho del dormido Príncipe...! Pero Labacán, aunque enloquecido por su frenesí de grandezas, conservaba un resto de su antigua honradez y se horrorizó ante la idea de dar muerte al descuidado mancebo. Vistióse a toda prisa su rico traje, plantóse en el cinto el puñal del infante, bajó a la cuadra, ensilló el caballo de su compañero y huyó a todo galope por los campos en menos que se cuenta.

Imposible que Omar pudiera alcanzarlo con el famélico rocín que le había dejado el sastre, máxime llevando Labacán más de la mitad de la noche de ventaja, pues de fijo que el confiado Príncipe no advertiría la fuga de su compañero hasta la mañana.

Labacán galopó en su valiente corcel durante muchas horas, hasta poner entre su persona y la de Omar una distancia tal,



que las débiles patas del miserable jaco, en el que se veía reducido a cabalgar el Príncipe, no lograrían recorrer en un par de días. Retiróse después a descansar en un mesón que encontró en su camino, y a la noche siguiente, llegó a dar vista al obelisco de El-Serujah, al término de la llanura de arena por donde trotaba su caballo. Latióle violentamente el corazón al descubrir el anhelado final de su viaje. ¡Permitiera ahora Alá que llegaran pronto los mensajeros del rey su padre y que la tierra se tragara a Omar!

Era el tercer día del mes del Ramadán, y por tanto el sol debía recorrer otra vez su diurno camino por el cielo antes del instante del reconocimiento. Loco de impaciencia, Labacán se ocultó con su caballo en un bosquecillo de palmeras vecino al monumento, y desde allí exploró ansiosamente el horizonte, temiendo que se presentara el Príncipe verdadero y echara por tierra la superchería a que iba a deber su grandeza.

Pasó así la tarde, la noche, la mitad del día siguiente. El desierto tendía hasta el infinito su solitaria sábana de arenas; no

había otro rumor que el del viento, que azotaba las hojas de las palmeras. Labacán llegó a pensar amargamente que la historia referida por Omar había sido pura fábula, inventada para darse importancia a los ojos de su amigo.

Pero a media tarde, palpitándole el corazón hasta querer saltársele por la boca, descubrió una gran caravana de caballos y camellos que avanzaban por la llanura de cara al obelisco. Cuando estuvieron cerca, fué observando, con creciente maravilla, los ricos trajes con que estaban ataviados los jinetes, los lujosos arneses de los soberbios corceles, el gran número de soldados que daba escolta al cortejo. Detuviéronse al pie del obelisco; los esclavos alzaron prontamente unas suntuosas tiendas, en las que se cobijó toda la lucida tropa de caballeros.

Labacán ardía en deseos de presentarse a ellos y decirles: “Yo soy el que buscáis”, y ordenar que recogieran a escape las tiendas, para ponerse en camino de los Estados de su padre sin perder momento. ¡No fuera entre tanto a presentarse Omar, el príncipe verdadero! Sin embargo, aun-

que pereziese de impaciencia, no había más sino esperar la hora debida: al salir la luna del cuarto día del mes del Ramadán. Entonces, y no antes, había ordenado el astrólogo que se verificara el reconocimiento.

La tarde, aunque no a compás de los frenéticos deseos de Labacán, fué acercándose a su término. Púsose el sol. Las brasas del crepúsculo ardieron largamente sobre el ceniciento desierto. Cuando al borde de la ilimitada llanura asomaba el disco dorado de la luna, Labacán saltó sobre su caballo, galopó hacia el obelisco, echó pie a tierra no bien llegado a él, y acercándose a un venerable anciano de luengas barbas blancas, que estaba a la entrada de la tienda principal, rodeado de sus dignatarios y siervos, exclamó, presentándole el puñal: —Aquí tenéis el que buscáis.

A lo que el anciano, estrechándolo entre sus brazos, respondió con llanto de alegría:

—Alabado sea el Profeta por haberte guardado. Abraza a tu anciano padre, amadísimo Omar, hijo mío.

El oficial de sastre conmovióse hasta lo más profundo de su ser al oír tales pala-

bras, y abrazó al Monarca con muy tiernos sollozos y lágrimas verdaderas. En aquel momento estaba convencido de que era su propio padre quien lo tenía entre sus brazos. Habría dado muerte a quien lo contrario sostuviese.

Pero no había de ser muy larga su alegría. Iba a ponerse en marcha la comitiva, después de que los servidores hubieron recogido las tiendas, mientras el anciano Rey, estrechando las manos de Labacán, no se hartaba de considerar el hermoso semblante del que tenía por hijo, y bendecía al cielo mil veces por haberle dado un sucesor tan cabal, cuando se oyó el galopar de un caballo, en medio de las azules neblinas de la noche, y una voz que clamaba:

—Deteneos, deteneos, quienquiera que seáis. Deteneos, y no os dejéis engañar por la más vil superchería. Yo soy el verdadero Omar, y es un miserable impostor el que se ha presentado a vosotros usando de mi nombre.

Todos los circunstantes se quedaron yertos de asombro al oír tales palabras y ver aparecer inmediatamente, a lomos de un

jadeante y sudoroso rocín, un rabioso mancebo, con ojos como centellas y labios espumajeados. Saltó de su cabalgadura, que rodó por tierra para no volver a levantarse más, y con furiosos ademanes precipitóse sobre Labacán, queriendo estrangularlo; propósito que hubiera realizado si los servidores del Rey no hubieran andado listos para arrancárselo de entre las manos.

No bien se hubo repuesto un tanto el maltratado sastre, cuando, adoptando rápidamente un plan para no perder su recién adquirida dignidad de príncipe, se postró a los pies del anciano Monarca y le dijo de este modo:

—Amadísimo señor y padre mío: os suplico que no os dejéis engañar por las palabras que acaban de ser pronunciadas. Según tengo entendido, ese desdichado es un pobre sastre de Alejandría, llamado Labacán, que ha perdido el juicio. Más digno es de compasión que de pena. No lo castigáis, señor.

Mientras el pobre Omar, espumeando de rabia entre los brazos de los que lo habían aprisionado, lanzaba gritos inarticulados, el Soberano alzó del suelo a Labacán, y,

estrechándolo contra su pecho, le dijo tiernamente:

—Hijo mío muy querido: si alguna duda pudiera haber sembrado en mi ánimo el extraño espectáculo que acabo de contemplar, bástame oír tus hermosas palabras para comprender que eres mi verdadero hijo. Un corazón capaz de perdonar tan pronta y noblemente sólo puede darse en nuestra ilustre familia. Partamos, pues, adonde te abrace la Sultana, tu madre, que te espera muerta de ansiedad, y donde te rindan homenaje tus futuros súbditos.

Dispuso después que el infeliz Omar, que no cesaba en sus muestras de locura furiosa, fuera llevado a lomos de un camello, amarrado de pies y manos y estrechamente custodiado por dos guardias. El Sultán montó en un magnífico corcel, cubierto de suntuosas gualdrapas, e hizo que el falso príncipe, caballero en otro semejante, marchara a su lado, a la cabeza del cortejo.

Por el camino, con viva satisfacción de Labacán, fué narrando el anciano su propia historia y los motivos por que había hecho criar lejos de sí a su hijo. Aquel

gran señor era el sultán Saúd de Trebisonda, último descendiente de la familia de los Abasidas. Largos años había reinado sobre sus súbditos, sin lograr la dicha de tener un hijo que pudiera heredar sus Estados, hasta que, próximo ya a la vejez, su esposa le había dado un muy hermoso y robusto infante. Pero un sabio astrólogo, que estableció el horóscopo del recién nacido, predijo que hasta que tuviera cumplidos los veintiún años le amenazaban los mayores peligros al lado de su padre, que sólo podrían ser evitados si se le criaba desconocido y lejos de la corte. Por tal motivo, lleno de dolor, había confiado el niño a los cuidados de Alí-Bey, el bajá del Cairo, esperando anhelosamente el día, que por merced especial del cielo había llegado a ver, en que pudiera tenerlo consigo como hijo y heredero, alejados ya los peligros previstos por el estrellero.

Conforme oía las palabras del Sultán, iba adoptando el sastre un continente más majestuoso y solemne. Ya no parecía hombre vivo, sino estatua de bronce. Llegados al país de Trebisonda, apenas se dignaba conceder una mirada a las gentes, que en

todas partes los recibían con grandes muestras de alegría. Las calles de las ciudades por donde pasaban eran alfombradas con vistosos tapices; cubrían las fachadas de las casas con guirnaldas de flores, colgaduras y banderas, y todo el mundo entonaba alabanzas al Profeta, por haberles dado un príncipe que pudiera regirles cuando, por desgracia, vinieran a perder a su amadísimo Monarca.

Atronadores gritos de júbilo resonaban por el reino entero. Para todos había alegría menos para el desventurado príncipe Omar, que, bramando de despecho, era testigo de cómo aclamaban los pueblos al usurpador de su nombre.

—¡Viva el príncipe Omar! ¡Viva el príncipe Omar!—gritaban las muchedumbres.

Y el pobre Príncipe era llevado como un saco en lo alto de un camello, atados con fuertes ligaduras pies y manos.

Apenas nadie se fijaba en él, a la cola del soberbio cortejo; pero si alguien preguntaba por qué iba de tan extraña manera aquel pobre hombre, “Es un oficial de sastre que se ha vuelto loco”, respondían despreciativamente sus guardianes.



Por fin llegaron a la ciudad de Trebisonda, capital de los Estados del Sultán, donde fueron recibidos de manera aún más brillante y entusiasta que en las otras poblaciones que habían ido encontrando en su camino.

La venerable Sultana, temblando de impaciencia por abrazar a su hijo, de quien había estado separada desde el instante en que le había dado el ser, esperaba a los regios viajeros en el magnífico salón del trono del palacio. Los muros estaban cubiertos de ricas tapicerías, pendientes de clavos de plata. Los arcos de puertas y ventanas se abrían en medio de delicados atauriques. Había anochecido ya, y la sala estaba iluminada por muchas docenas de lámparas de metales preciosos, pendientes de los labrados artesonados. Al fondo de la sala, sobre un estrado, envuelto en la nube de perfumes que ardían en muchos pebeteros, alzábase el trono de oro, incrus-

tado de amatistas, ocupado por la Sultana. Cuatro chambelanes sostenían las varas del baldaquín que la cubría, y dos bellas esclavas le daban aire con grandes abanicos de plumas de varios colores.

Vertiendo lágrimas de gozo, la Sultana esperaba la llegada de aquel adorado hijo, nunca visto por sus ojos. Sin embargo, le parecía que sabría reconocerlo entre diez mil. ¡Tantas veces, en sueños, había contemplado los rasgos de su adorado semblante!

Despacio, con desesperante lentitud, el solemne cortejo va acercándose al alcázar. La Sultana, palpitante de ansiedad, oye cada vez más cercano el són de trompetas y tambores y las entusiastas aclamaciones del pueblo. Después, ya más próximos, llega a percibir el resonar de las pisadas de los caballos y el sordo rumor constante de la muchedumbre de gentes hablando y caminando.... Ahora, la alegre voz de los clarines se alza al pie de las ventanas del palacio... Ahora, en el patio... Bajo el arco de ingreso del salón del trono aparece el Sultán, llevando de la mano a un bien plantado mancebo, que mira a todas partes con petulancia y orgullo.



Al subir la escalinata del trono, exclama alegremente el Sultán:

—Alaba al Profeta, esposa mía, que aquí te traigo al hijo que tantos suspiros te ha costado.

Pero la Sultana se alza violentamente de su asiento, pintada en el rostro la más viva turbación y tendiendo los brazos para rechazar al recién llegado, exclama:

—¡No es mi hijo! ¡No es mi hijo! ¡Este no es el infante que tantas veces me ha sido mostrado en sueños por el Profeta!

En el preciso momento en que el Sultán va a reprender a su esposa por su conducta poco razonable, de una de las galerías inmediatas a la sala del trono llega un vivo rumor de lucha, y cuando el Monarca se vuelve furioso, dispuesto a castigar cruelmente a los osados perturbadores de la paz del alcázar, he aquí al príncipe Omar, que, con las ropas hechas jirones y sangrando por varias partes de su cuerpo, se precipita en la regia estancia y llega corriendo hasta los pies del trono, perseguido por buen número de soldados y esclavos.

Con voz ahogada exclama:

—¡Aquí, aquí quiero morir, cruelísimo padre! Manda que aquí me maten, ya que no puedo sufrir por más tiempo la deshonorosa situación a que me has reducido.

Lánzase brutal la soldadesca para arrebatarlo fuera de la sala, cuando la Sultana, bajando rápidamente del trono, lo cubre con su cuerpo, gritando:

—¡Deteneos, viles esclavos! ¡Este y no otro es el hijo de mis entrañas!

Los soldados, con respetuoso temor, han dejado libre al desventurado; pero el Sultán, lleno de cólera, les ordena que lo aten y encierren donde no pueda escaparse.

—Aquí mando yo—ruge con voz que espanta—, y no me he de regir por sueños de mujeres, sino por lo que me dicte la razón.

Y añade, mostrando a Labacán:

—Este es mi hijo verdadero, ya que él es quien me presentó la convenida señal: el puñal que le di a mi amigo Ali-Bey al tiempo de confiarle el infante.

—¡Me lo robó!—clama Omar, mientras los guardias lo arrastran fuera de la sala—. Me lo robó, abusando como villano de mi amistosa confianza.

Pero el Sultán no oye aquel lastimero grito de su sangre, pues en todas las cosas está acostumbrado a guiarse por su augusta opinión personal, que juzga infalible. ¡Estaría bueno que un sultán pudiera equivocarse! Lleno de enojo hacia su esposa, con quien había vivido veinticinco años en la paz más perfecta, coge de la mano al sastre, a quien tiene por hijo, y se retira a sus habitaciones.

La Sultana quedóse sumida en el mayor dolor después de tales acontecimientos; estaba segura de que un impostor se había apoderado del corazón de su marido, pues tantas veces, en misteriosos sueños, se le había aparecido como hijo aquel infeliz mancebo a quien había ahora visto maltratar, destrozándosele el corazón.

Cuando se hubo calmado la violencia de su pena, deliberó con sus fieles esclavas acerca de cuál sería el mejor medio para convencer al Sultán del error en que se había dejado llevar. La empresa se mostraba harto dificultosa, pues el falso Omar, no sólo había entregado el puñal, prenda de reconocimiento, sino que, enterado de la vida que el Príncipe había hecho al lado

de su tutor por las indiscretas confianzas de Omar, daba mil detalles de su supuesta existencia anterior, que en todo coincidían con la verdad. Además, no dejaba de favorecerle en la opinión de muchos su aventajada estatura, grave semblante y noble presencia, que a la legua parecían denunciar su excelsa progenie, mientras que el auténtico Omar era de figura y traza tan vulgares como cualquier mancebo plebeyo.

La Sultana y sus siervas, hartas de torturar en vano su ingenio, decidieron interrogar a los guardias que habían escoltado al Sultán en su viaje al obelisco de El-Serujah, por ver si lo que ellos les pudieran referir les sugería algo que hiciera patente la indudable verdad.

Luego de haberlos escuchado con atención, la más anciana de las esclavas de la Sultana, que había sido su nodriza, habló de este modo:

—Si no me engañaron mis oídos, venerable ama y señora, el portador del puñal dijo del otro mancebo que era un sastre de Alejandría que se había vuelto loco.

—Así es, en efecto—respondió la Sultana—; pero ¿qué deduces de ello?

—¿No podría ser que el fementido traidor hubiera atribuído a vuestro pobre hijo su propio oficio y condición?—siguió diciendo la esclava—. Si fuera así, sé un excelente medio para atrapar al embustero; pero no os lo diré más que en secreto.

Durante unos momentos estuvo hablando al oído con su señora, la cual no pudo menos de sonreírse, a pesar de su gran aflicción. En seguida la Sultana mandó recado a su esposo, diciendo que quería hablarle urgentemente.

La Sultana era mujer de gran experiencia, que conocía perfectamente los flacos de su marido y sabía aprovecharse de ellos. Por ello se mostró arrepentida de su anterior conducta y dispuesta a reconocer por hijo al que quería su esposo, sólo mediante una condición insignificante. El Sultán, que estaba muy disgustado de verse en desavenencia con su amada consorte, accedió al momento a lo que ella quisiera pedir, aun antes de conocerlo.

—¡Oh!, se trata de una verdadera pequeñez—dijo la Sultana con aire inocen-

te—; una cosa sin importancia. Sólo deseo que uno y otro de los dos que sostienen ser nuestro hijo, den prueba de su ingenio. Pero no les exigiré que compitan en una carrera a pie o a caballo ni que muestren su destreza en el manejo de la espada u otra arma. Sólo quiero que hagan un trabajo en que luzcan su inteligencia y habilidad: encerrado cada cual en un cuarto, con las cosas necesarias, ha de cortar y coser un caftán y unos calzones lo mejor que sepa. Veremos quién es capaz de hacerlos más hermosos.

El Sultán lanzó una gran carcajada y exclamó:

—¡Vaya un raro capricho! ¿Quieres que nuestro hijo compita con un sastre loco en la hechura de un caftán? ¿Cómo habré de consentir que un Abasida ejercite sus manos en tal oficio?

La Sultana recordóle entonces que, anticipadamente y sin conocerlo, había accedido a lo que ella quisiera, y que, siendo hombre de palabra, no podía menos de cumplir lo prometido.

El Sultán tuvo que resignarse con el antojo de su mujer, aunque jurando que por

muy hermoso que fuera el caftán que hiciera el alfayete, el Príncipe seguiría siendo príncipe, y el sastre, sastre.

El propio Sultán fué a ver al que tenía por hijo, y le rogó que, por acceder a una manía de su madre, consintiera en hacer un caftán con sus propias manos. El buen Labacán, lejos de enojarse, dijo con la mayor alegría que estaba dispuesto a hacer cuanto pudiera dar gusto a su señora madre.

—Si de eso sólo depende—pensaba para sí muy contento—no podrá menos de tenerme por suyo la señora Sultana.

Dispusieron dos habitaciones aisladas: una para el Príncipe, otra para el sastre, y los encerraron en ellas con varias piezas de seda, tijeras, agujas, dedal e hilo.

El Sultán sentía mucha curiosidad por saber cómo sería el caftán obra de su hijo, y también a la Sultana le palpitaba impaciente el corazón por ver si tendría buen éxito la astuta invención de su nodriza.

Los competidores disponían de un plazo de dos días para dar remate a su labor. En la mañana del tercero, el Sultán hizo que su esposa se presentara en la sala del

trono, y una vez en ella, mandó a sus chambelanes que fueran a buscar a los dos encerrados mancebos y los trajeran a su presencia con la labor que hubieran realizado.

Entró Labacán mirando a todo el mundo con aire de triunfo, y en medio del general asombro desplegó un precioso caftán de seda, de colores muy bien combinados, y exclamó, lleno de orgullo:

—Mirad, mirad, padre mío. A ver si no os parece una verdadera obra maestra este caftán. Desafío al más hábil de los sastres de la corte a que haga otro semejante.

La Sultana no pudo menos de sonreírse con aire malicioso, y preguntó al que era tenido por loco:

—¿Y qué es lo que has hecho tú, hijo mío?

Omar tiró al suelo las piezas de seda y todos los instrumentos del arte de la sastretería, diciendo:

—Mi tutor, Alí-Bey, me enseñó a domar un caballo y a justar con armas de toda especie, pero no con la aguja.

—¡Ven a mis brazos, hijo de mis entra-

ñas!—exclamó la Sultana—, que sólo a ti puedo dar tal nombre.

Y luego de haber abrazado a Omar, con llanto de alegría, añadió, dirigiéndose a su marido:

—Perdonad, mi rey y señor, que para hacer brillar la verdad me haya valido de tal treta. ¿No veis ahora claramente cuál es el Príncipe y cuál el oficial de sastre? Mirad, mirad el magnífico caftán de vuestro amado hijo. ¿Creéis que habría sido capaz de hacerlo así de no haber trabajado largos años en tal oficio, bajo la dirección de un excelente maestro?

El Sultán, malhumorado, miraba alternativamente a su esposa, a Omar y a Labacán, sin saber qué decisión tomar.

También el sastre había perdido todo su acostumbrado aplomo, y rojo y tembloroso, clavaba sus miradas en tierra, como pidiéndole que se abriera para tragarlo. ¡Por las barbas del Profeta! ¡Llegar a verse en semejante aprieto por haber querido lucir intempestivamente su habilidad de sastre! ¿Cómo no habría comprendido a tiempo que aquel desafío del caftán era una celada?

Prolongábase la angustiosa escena. El Sultán, en su interior, iba comprendiendo cuál era su hijo verdadero; pero no le gustaba confesar, de repente y en público, su yerro. A punto estaba de ordenar que se retiraran todos y aplazar la resolución para otro momento, cuando llegó el jefe de la guardia diciendo que a la puerta del alcázar estaban algunos soldados fugitivos, restos del deshecho ejército del bajá Alí-Bey, llegados hasta allí con gran pena y esfuerzo, y que pedían ser socorridos en nombre de la antigua amistad que había unido a su señor con el Sultán.

—Que los traigan al momento—imploró la Sultana—y ellos te convencerán de cuál es tu hijo verdadero.

Hízose como ella dijo, y no bien fueron entrados en la estancia los rotos, flacos y maltrechos soldados, entre los cuales venía un capitán de la guardia del Bajá, cuando fueron a echarse a los pies del verdadero príncipe Omar, y derramando amargo llanto, le rogaron que alcanzara para ellos la protección de su augusto padre, ya que todos habían jugado con él cuando niño en los palacios de Alí-Bey.

—Pero ¿ya no conocéis al Príncipe? —preguntóles la Sultana con triunfadora alegría—. ¿Vais a implorar mercedes de un oficial de sastre? Suplicad a este otro, que es el Príncipe verdadero.

Y les señalaba a Labacán, que, trémulo de espanto al verse descubierto, trataba de escaparse por entre las filas de servidores y esclavos.

Los refugiados miraban a todas partes, sin saber qué burla era aquélla, y sin atreverse a pronunciar una palabra.

—Vamos, vamos...—añadió la Sultana—. Decid quién de estos dos es el pupilo de Alí-Bey.

A lo cual respondió el jefe de los fugitivos:

—¿Cuál ha de ser, señora, sino aquel a cuyas plantas nos hemos postrado?

El Sultán no pudo menos de rendirse a la innegable evidencia y abrió los brazos para recibir en ellos como hijo al Príncipe Omar, quien lloraba de felicidad, lo mismo que su madre, que se unió sollozando al tierno grupo formado por el Sultán y su heredero.

Entre tanto, Labacán se había escabu-

llido del salón y trataba de ganar la calle, corriendo cuanto puede correr un sastre. El Sultán, al notar su falta, mandó con voz de trueno:

—¡Que me traigan a ese infame impostor!

Y un momento después los soldados de la guardia traían arrastrando al oficial de sastre, que imploraba misericordia con grandes clamores.

—¡Haz lo que quieras de ese miserable!—dijo el Sultán a su hijo.

—¡Soltadlo!—ordenó el Príncipe a los guardias.

Labacán cayó a los pies de Omar, balbuciendo súplicas en medio de grandes sollozos.

—¡Alzate y vete!—mandóle Omar—. Tú eres el primero en quien puedo ejercer mi poder de Príncipe y quiero perdonarte.

Marchóse Labacán deshaciéndose en excusas y cortesías. El Príncipe mandó que le dieran un caballo y, montado en él, no paró de trotar el sastre hasta verse a las puertas de Alejandría, donde volvió a ganarse trabajosamente la vida con tijeras y aguja, para siempre curado de sus delirios

de grandeza, que lo habían llevado al borde de la perdición.

El príncipe Omar fué báculo y corona de la vejez de sus padres, muertos los cuales ocupó largos años el trono de sus mayores, labrando la felicidad de todo el reino.



INDICE

	<u>PÁGS.</u>
EL CALIFA CIGÜEÑA.	7
LA LIBERTAD DE FÁTIMA.	47
EL FALSO PRÍNCIPE.	103

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE "LA LECTURA"
EL DÍA XXVII DE MAYO
DEL AÑO MCMXVI

EDICIONES DE LA LECTURA

PASEO DE RECOLETOS, 25. MADRID

BIBLIOTECA DE JUVENTUD

Publicados

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 1,50 pesetas.*

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por Fernando Marco. *Precio: 2 pesetas.*

HERNAN CORTES Y SUS HAZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 2 pesetas.*

PLATERO Y YO.—Elegía andaluza, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco. *Precio: 2 pesetas.*

FABULAS LITERARIAS, por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 2 pesetas.*

LIBROS ESCOLARES

Publicados

ARITMETICA.—GRADOS 1.º, 2.º y 3.º, por don Luis Gutiérrez del Arroyo. *Precio: 0,50, 0,75 y 1 peseta.*

HISTORIA UNIVERSAL.—RESUMEN, por Lavissee, traducción y adaptación por J. Deleito. *Precio: 2 pesetas.*

FABULAS LITERARIAS.—De Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 60 céntimos.*

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 75 céntimos.*

En preparación

CIENCIAS NATURALES.—TERCER GRADO, por don Francisco de las Barras.

Historia de España.—GRADOS 1.º, 2.º y 3.º, por don Rafael Altamira.

Geografía.—GRADOS 1.º, 2.º y 3.º

Ciencias físico-químicas y naturales.—GRADOS 1.º y 2.º, por don Eduardo Lozano y don Luis A. Santullano, y 3.º, por don Eduardo Lozano.

Gramática castellana.—RESUMEN, por don Miguel de Unamuno.

Geometría.—RESUMEN, por don Luis Gutiérrez del Arroyo.

CIENCIA Y EDUCACION

PUBLICADOS

- P. Natorp.** *Pedagogía Social*. Traducción del alemán por ANGEL SÁNCHEZ RIVERO, de la Biblioteca Nacional. Precio: 6 pesetas rústica, 7,50 tela.
- Rein.** *Resumen de Pedagogía*. Traducción del alemán por DOMINGO BARNÉS. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
- Davidson.** *La Educación griega*. Traducción del inglés por JUAN UÑA. Precio: 3 pesetas rústica, 4 tela.
- H. Weimer.** *Historia de la Pedagogía*. Traducción del alemán por GLORIA GINER DE RÍOS. Precio: 2,50 pesetas rústica, 3,50 tela.
- P. Natorp.** *Curso de Pedagogía general*. Traducción de MARÍA DE MAEZTU. Precio: 1,50 pesetas rústica, 2,50 tela.
- R. Altamira.** *Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización*. Precio: 2 pesetas rústica, 3 tela.
- Abel Rey.** *Lógica*. Traducción por JULIÁN BESTEIRO. Precio: 6 pesetas encuadernación tela.
- Adolfo Posada, Felipe Clemente de Diego y otros.** *Derecho usual*. Precio: 8 pesetas encuadernación tela.
- Barth.** *Pedagogía*. Tomos I y II: Parte general y parte especial. Traducción del alemán por LUIS ZULUETA. Precio: 6 y 4 pesetas tela.
- Abel Rey.** *Ética*. Traducción por MANUEL GARCÍA MORENTE. Precio: 5 pesetas encuadernación tela.
- Abel Rey.** *Psicología*. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 5 pesetas encuadernación tela.
- Francisco Giner de los Ríos.** *Ensayos sobre educación*. Precio: 6 pestas rústica, 7,50 tela.
- Brackenbury.** *La Enseñanza de la Gramática*. Traducción del inglés por ALICIA PESTANA. Precio: 1,50 pesetas rústica, 2,50 tela.
- Gibbs, Levasseur y Sluys.** *La Enseñanza de la Geografía* (monografías). Traducción y prólogo por ANGEL REGO. Precio: 1,50 pesetas rústica, 2,50 tela.
- Lavisse, Monod, Altamira y Cossío.** *La Enseñanza de la Historia* (monografías). Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 1,50 pesetas rústica, 2,50 tela.
- Edmundo Lozano,** profesor de prácticas físico-químicas en el Museo Pedagógico Nacional. *La Enseñanza de las Ciencias físicas y naturales*. Precio: 1,50 rúst., 2,50 tela.

- Compayré.** *Pestalozzi y la Educación elemental.* Traducción por ANGEL REGO. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
- Compayré.** *Herbart.* Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 1,50 pesetas rústica, 2,50 tela.
- Compayré.** *Herbert Spencer.* Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 1,50 pesetas rústica, 2,50 tela.
- Pestalozzi.** *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos,* Traducción de LORENZO LUZURIAGA. Precio: 3,50 pesetas rústica, 5 tela.
- Herbart.** *Pedagogía general y Escritos pedagógicos.* Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA, y prólogo de JOSÉ ORTEGA GASSET. Precio: 3,50 pesetas rústica, 5 tela.
- Julián Besteiro.** *Los juicios sintéticos "a priori" según Kant.* Precio: 1 peseta rústica, 2 tela.
- Luis Zulueta.** *El Maestro.* Precio: 0,60 rúst., 1,50 tela.
- Pestalozzi.** *El Método.* Traducción por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 0,50 pesetas rústica, 1,50 tela.
-

J. JÖRGENSEN

VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

TRADUCCION DE RAMON MARIA TENREIRO

REVISADA POR EL R. P. JOSÉ MARÍA DE ELIZONDO,
MENOR CAPUCHINO

PRECIO: En rústica, 5 pesetas; encuadernado en piel, 8.

SHAKESPEARE

EL REY LEAR

TRADUCCIÓN DE JACINTO BENAVENTE

PRECIO: En rústica, 2 pesetas; encuadernado en tela, 3.

